

Cómo Instilar Nueva Vida en Iglesias que Declinan



Paul W. Powell
Decano del
Seminario Truett

Una Sinopsis para la Renovación de la Iglesia

Más

Cinco Sermones sobre la Iglesia Llena del Espíritu

Cómo Instilar Nueva Vida en Iglesias que Declinan

Una
Sinopsis
para
la Renovación
de la Iglesia

© Copyright 2005
Paul W. Powell
5603 Elderwood Drive
Tyler, Texas 75703

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni transmitida en ninguna forma, ni por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotofotocopiado, grabación, o por ningún medio de almacenaje y reproducción sin el permiso previo por escrito del publicador.

*Dedicado al
personal de las oficinas del Seminario Truett
que son las personas que mantienen las cosas marchando*

*René Maciel, Nancy Floyd, Dorothy Terry,
Angela Bailey, Teresa Muirhead, BJ Tisdale-Hyatt,
Gear Howard, Kristen Richardson, Maggie Meadows,
Cecelia Garcia, Kathryn Sublett*

Tabla de Contenido

Introducción	7
--------------------	---

Parte I

Pasos para la Renovación

1. Colocando los Cimientos.....	11
2. Sea un Líder.....	13
3. Haga de la Oración una Prioridad.....	17
4. Pastoree a las Personas	19
5. Despierte a la Adoración	23
6. Edifique la Comunión.....	29
7. Busque a las Personas	33
8. Promueva Proyectos Especiales	35
9. Ministre a la Comunidad.....	39
10. Use Sentido Común.....	41

Parte II

Marcas de una Iglesia Llena del Espíritu

1. Creencia: Simplemente Presénteles a Cristo.....	49
2. Aprendizaje: Manténgase Avanzando.....	61
3. Comunión: Por Amor a la Obra	73
4. Adoración: Cómo Lograr Acceso a Dios.....	85
5. Testimonio: Tres Maneras de Testificar.....	95

Introducción/Adelante

Vivimos en los días de las sinopsis (*digest*, en inglés): *Reader's Digest*, *Golf Digest*, *Screen Digest*, *Investors' Digest*, ad infinitum, ad nauseum, algo que es lectura rápida para la persona atareada que no tiene el tiempo o la inclinación para leer un libro entero. Esa es la idea detrás de esta obra.

Hace poco un colega, que fue pastor interino de una iglesia estancada en una comunidad que declinaba, sugirió que escriba un breve ensayo para ayudar a las iglesias como la que él había estado sirviendo, y para ayudar a los jóvenes pastores como el que esa iglesia había llamado. He escrito mucho sobre el tema en los pasados treinta años, y pensé que ya había dicho todo lo que debía decir. Pero al considerar la necesidad decidí hacer el intento de ofrecer esa ayuda tan necesaria, esta vez en forma de sinopsis.

Esta obra no es para todos. La escribo principalmente para el crecido número de iglesias pequeñas que están estancadas o declinando, y para los pastores jóvenes que apenas están empezando su ministerio o pastores bivocacionales cuyo tiempo es muy limitado.

Estas iglesias y estos pastores son la espina dorsal del cristianismo en los Estados Unidos. En 1890 la Baptist General Convention of Texas aceptó el reto de Rufus Burleson, entonces presidente de la Universidad Baylor, para establecer una iglesia y una Escuela Dominical en toda comunidad del estado. En menos de 50 años lo lograron. Hoy hay que buscar largo y tendido antes de encontrar una comunidad en Texas, y en la mayor parte del sur de la nación, que no tenga por lo menos una iglesia Bautista. Muchas de esas comunidades fueron en un tiempo poblaciones prósperas y crecientes; pero con los años han perdido población debido a la urbanización de los Estados Unidos. La declinación de la comunidad se refleja en la declinación de la iglesia.

Muchas pueden recordar los días cuando el domingo

atraía a multitudes y las campañas producían grandes cosechas. Pero a esos días se los llevó el viento. Iglesias en vecindarios que declinan sufrieron la misma suerte. Muchas ahora cuentan con grandes santuarios y un puñado de personas, en su mayoría ancianos. La mayoría tienen un pastor joven o bivocacional que necesita estímulo, un reto, y nuevas ideas. Es para esas iglesias y líderes que escribo esto.

No es mi intención ser novedoso, ingenioso, o siquiera original. Es una lectura rápida, pero no una cura rápida. Trata de lo básico: liderazgo visionario, cómo fomentar la comunión, oración, predicación, pastorear, visitar, y arduo trabajo; especialmente arduo trabajo. Si se lo sigue, funcionará. Le garantizaría devolverle su dinero, pero este libro es un regalo; así que no tengo nada que devolverle. Es gratis, pero confío que no sea barato

Respondiendo a alguien que dijo que sus libros son difíciles de leer, Tony Morrison razonó: “¡Qué bien! Para mí son difíciles de escribir.” Esto no es difícil de leer, pero fue duro de escribir. La parte más difícil fue mantenerlo breve.

Jesús amó a la iglesia y murió por ella. Nosotros debemos amarla también, y para que resulte nueva vida nosotros también tendremos que morir algo: morir a uno mismo, morir a la comodidad, morir a la complacencia.

Es mi esperanza que este libro le ayudará en esto. Además de unas pocas páginas sobre “cómo hacerlo,” hay cinco sermones que tratan de la iglesia llena del Espíritu. He procurado escribir en forma sencilla, clara, y espero que interesante y práctica. Así que, empecemos. Tenemos mucho que hacer, y no mucho tiempo para hacerlo.

Paul W. Powell

Abril 2005

George W. Truett Theological Seminary

Baylor University

Waco, Texas

PARTE I

Pasos para la Renovación

1

Colocando los Cimientos

Hay iglesias vacías, iglesias declinando, iglesias estancadas, iglesias peleando, iglesias muertas por todas partes; pero no debemos perder la esperanza porque la iglesia no sea todo lo que debe ser. Es gloria de una iglesia estancada poder crecer. Es esperanza de la iglesia que declina poder reavivarse. Ver a una iglesia crecer o reavivarse es uno de los gozos más hondos que un ministro puede conocer.

El crecimiento numérico, por supuesto, no es la única señal de renovación en una iglesia. Si una iglesia se halla en una comunidad o vecindario establecido o en declinación, el crecimiento numérico puede ser mínimo. Si la gente ha estado en un barrio por largo tiempo, uno puede dar por sentado que los que querían asistir a la iglesia ya están asistiendo. El resto ha dicho por sus acciones que no quieren asistir. Ese es un grupo difícil de alcanzar. Algunos pueden ser alcanzados, pero no en grandes números ni sin gran esfuerzo.

Pero incluso si no hay crecimiento numérico significativo, una iglesia puede reavivarse. La adoración puede convertirse en más entusiasta y significativa. La gente puede hallar nuevo gozo en el compañerismo. Los creyentes pueden crecer en la gracia, en conocimiento, en consagración, en participación, en el ministerio y en las misiones. Las vidas espirituales pueden enriquecerse.

Se pueden establecer nuevos ministerios para atender las necesidades de los pobres, de los que están solos, o atrapados en las redes de drogas y alcohol. Se puede dar

de comer a los que tiene hambre, visitar a los enfermos y consolar a los afligidos.

Así que no piense que simplemente porque un vecindario o comunidad está declinando la iglesia tiene que declinar. Hay múltiples maneras en que puede ocurrir la renovación. El propósito de estas páginas es sugerir maneras prácticas para ayudar a que haya renovación en donde usted sirve. Esa debería ser su meta.

2

Sea un Líder

El lugar para empezar a reavivar una iglesia que declina o está estancada es el liderazgo pastoral. Nada crece jamás por encima del liderazgo: ningún negocio, ninguna escuela, ningún equipo, ninguna iglesia.

La definición más sencilla de liderazgo es influencia. Es la capacidad de una persona para influir en otra, o en un grupo, para la acción. Así que la clave para renovar una iglesia que declina será la capacidad del pastor para influir a los que influyen (los líderes claves) de la iglesia. Si los líderes laicos pudieran corregir la situación por sí mismos, la iglesia no estaría declinando. Es una responsabilidad desafiante pastorear una iglesia que declina, pero el que esa iglesia vuelva a vivir es una responsabilidad que no se puede evadir o abdicar.

En *Ike*, película preparada para televisión, el general Dwight D. Eisenhower, comandante supremo de las fuerzas aliadas en la Segunda Guerra Mundial, le dijo a Winston Churchill, primer ministro de Inglaterra, que planeaba cambiar la invasión del Día D, de mayo al 6 de junio. Churchill respondió: “Debo decir que usted sabe cómo tomar las riendas.” El general Eisenhower respondió: “No se trata de poder, señor, sino del uso juicioso de la responsabilidad que ustedes me han confiado” (*A&E*, 31 de mayo del 2004). En eso consiste el liderazgo pastoral: no poder, sino responsabilidad y el uso juicioso de la misma.

La meta de la mayoría iglesias es reunirse el próximo domingo. No tienen una visión desafiante que las impul-

se. Libradas a su propio criterio, la mayoría de iglesias se quedarían sentadas sin hacer nada, y lo harían muy bien hasta que Cristo vuelva. No deje que eso suceda. Como pastor usted debe forjar una visión de lo que piensa que la iglesia puede y debe ser. Luego debe preparar un plan, una estrategia para realizara. Finalmente, debe trabajar muy de cerca con los líderes establecidos de la iglesia para lograr su cooperación y participación en la persecución de la visión y en la implementación de la estrategia. No puede hacerlo todo por sí solo, ni debería tratarlo. El finado presidente Ronald Reagan nos recordó que el mejor líder no es necesariamente el que hace grandes cosas, sino el que logra que la gente haga grandes cosas. Esto es especialmente cierto en cuanto a la iglesia.

Asegúrese de respetar y escuchar a su gente. Conozco a un pastor que tiene problemas en su iglesia precisamente por esta razón. La iglesia está declinando y cuando personas interesadas tratan de hablar con él sobre su liderazgo, se enoja. Como resultado han dejado de hablar con él y ahora están hablando a sus espaldas, de su pésimo liderazgo y su cólera. Las cosas han ido de mal en peor, y lo más probable es que lo despedirán, primordialmente debido a su orgullo y a su mal genio. Si tan sólo hubiera escuchado a su gente y respondido con calma

Así que el lugar donde empieza a revivir una iglesia estancada o que declina es su persona. Usted debe ser la clase de ministro que debe ser. Si lo es, tiene el potencial de ser el catalizador que Dios usa para revivir a la iglesia. Si no lo es, es casi seguro que la declinación continuará.

No hay cosa tal como un líder nato, así como tampoco hay médicos o abogados natos. El liderazgo es algo que usted puede aprender, pero tiene que esforzarse para lograrlo. Según Lewis Timberlake el setenta y uno por ciento del liderazgo es comunicación. El columnista Jay Ambrose escribió en un editorial: "Las figuras políticas en una democracia todavía deben descansar en la voz como

medio principal para dirigir” (*Tyler Morning Telegraph*, 9 de julio del 2004). Esa es también la manera en que un pastor dirige; así que mire a las personas ojo a ojo y cuénteles sus sueños, su visión para la iglesia.

No trate de manipularlos diciendo: “Dios me dijo . . .” No trate de obligarlos a que acepten sus ideas. Simplemente dígales directa, amable, clara y convincentemente lo que usted piensa que la iglesia debería hacer y confíe en que le seguirán. Pero tiene que decírselo. Si tiene miedo de decírselo, nunca los guiará. Su voz es su principal medio para dirigir.

El ministro ya no puede ordenar o exigir que lo sigan. Hace diez o veinte años los líderes podían ser autocráticos. Hoy los líderes deben incluir a su gente. La gente respaldará aquello en que participan. Para ser efectivo el líder debe cultivar un consenso. La iglesia es un organismo y no se lo puede obligar a funcionar. Se puede hacer funcionar un hotel, pero no un hogar. El hogar es mejor cuando lo que menos hay son frenos visibles y lo que más hay es afecto espontáneo. Uno puede hacer funcionar una máquina, pero una iglesia es una familia. El predicador debe fomentar una atmósfera de amor, confianza y libertad.

Para ser líder efectivo usted debe vivir una vida noble. El carácter es esencial para el liderazgo cristiano. Es un hecho sencillo, pero les creemos más a las personas buenas que a las personas malas. Así que oblíguese a principios altos y vívalos. Viva de tal manera que no tema la luz. Dirigir a la iglesia, pastorear a la gente, y ser un buen predicador no son eventos aislados. No puede separarlos de quién es usted, y de lo que usted es. Si la gente pierde confianza en usted como persona de integridad y compasión, ni le seguirán ni le escucharán. Por sobre todo, ame a su gente. Como Rusty Walton, pastor de la First Baptist Church, Conroe, dijo: “No hay cómo dirigirlos mientras no se los ame.”

Cuide su matrimonio y su familia. Dale Jones les dijo a los seminaristas de Truett que nunca se debe decir que el

pastor es “candil de afuera, oscuridad de su casa.” Cuide sus finanzas personales. Dé el diezmo. Guarde lo confidencial como confidencial. Sea puro en todas sus relaciones. Si no, estas cosas lo alcanzarán.

No critique a sus predecesores. Todo ministro deja la iglesia en condiciones hasta cierto punto insatisfactorias. Usted también lo hará.

Sea paciente. Sólo lo que la gente acepta de buen grado edificará a la iglesia. Confíe en que el Espíritu Santo le guiará en todo aspecto. Tome a Jesús como su modelo cuando les dijo a sus discípulos: “Tengo muchas cosas para decirles, pero ustedes no las pueden recibir ahora.” No se puede obligar a la gente. Les lleva tiempo entender y abrazar nuevas ideas.

3

Haga de la Oración una Prioridad

La oración debe ser el centro de toda renovación en la iglesia. La oración, más que cualquier otra cosa, cambia a las iglesias y a las personas. Hudson Taylor nos recuerda: “Es posible acercarse a los hombres a Dios por medio de la oración sola.” No es la oración rápida y fácil, sino la oración disciplinada, dedicada y persistente. Así que, si quiere cambiar la iglesia, llame a la gente a orar.

Pídale al Señor que le dé a usted y a ellos hambre de él. No le pida simplemente que agrande la iglesia. Ore que aumente su dedicación a él. Roger Fredrickson nos recuerda: “El Espíritu no nos visita con gracia y visión renovadas porque nosotros nos preocupamos, y esforzamos, y empujamos. Su venida para avivarnos es un don dado a los que oran, y esperan, y se arrepienten y reciben, y después obedecen” (Roger Fredrickson, *The Church that Refused to Die*).

Si la renovación de su iglesia no es importante lo suficiente como para orar al respecto por un período sostenido de tiempo, entonces no es importante lo suficiente para usted. Las siguientes son unas cuantas sugerencias en cuanto a la oración en la renovación de la iglesia:

- Ore en sus propias devociones privadas por renovación personal y de la iglesia.
- Haga de la oración una parte importante de los cultos de adoración.

- Tenga realmente una reunión de oración en los cultos de oración.
- Promueva la oración en los hogares.
- Designe un salón de la iglesia como salón de oración, y pida que las personas vengan a cualquier hora del día para orar por la iglesia y por las necesidades de otros.
- Tenga semanalmente un desayuno o almuerzo de oración para orar específicamente por la renovación.

4

Pastoree a las Personas

Después de la oración el pastorear a las personas es una manera de revivir una iglesia que declina o estancada. Un reportero dijo del finado papa Juan Pablo II: “Era un hombre de Dios y era hombre de la gente.” Indudablemente era un hombre de oración, pero también era más accesible a las personas que cualquier otro papa anterior. Esto debería ser verdad de todo ministro.

Una de las primeras cosas que el pastor debe hacer es visitar en su hogar a cada miembro de la congregación. Hágalo lo más pronto posible, dentro del primer año. Aprenda a conocer a las personas por nombre. Usted no va a sus casas para vigilarlos, sino para conocerlos y cultivar su amistad. Esto se puede hacer mejor encontrándolos en el potrero de ellos.

En sus casas verá fotografías, así que pregúnteles por su familia. Interésese en ellos y en sus hijos. Howard Kendricks nos recuerda: “Uno puede impresionar a la gente a la distancia, pero el impacto se lo hace de cerca.” La visitación en el hogar es la mejor manera de acercarse a las personas rápidamente. Los días de visitas en el hogar no se han acabado. Todavía es trabajo de los pastores, aunque no sea de nadie más. Al cultivar relaciones con su gente, usted cultiva tanto su confianza en usted como su amor por la iglesia.

Llame antes de visitar siempre que sea posible. Algunos sospecharán o se pondrán nerviosos. Se preguntarán por qué viene a verlos. Algunos no habrán recibido una visita

del pastor en muchos años, si acaso; pero cuando se den cuenta de que usted los visita simplemente para cultivar la amistad, le hablarán de sus dificultades, angustias y alegrías. Deles la oportunidad de que expresen palabras de elogio, agradecimiento o preocupación, y después oren juntos.

Richard Marcus, de la familia Nieman Marcus y nuevo gerente de la junta de la Corporación Zales dijo en una entrevista radial hace poco: "Cuide de su mercadería, y no volverá. Cuide bien de sus clientes, y ellos volverán." Eso funciona para las iglesias también.

Viva lo más cerca de su gente como sea posible. Aislarse de ellos es fatal. Conocerlos es una de las tareas más importante del pastor. Para conocerlos, usted tiene que estar con ellos. Como he dicho anteriormente: "Después de un tiempo el pastor debe oler como las ovejas." Una cosa es conocer la naturaleza humana en un libro, y otra conocerla de primera mano. Sea lo que sea que debe dejar sin hacerse, esfuércese por conocer y cuidar a su gente.

Se puede encontrar muchas disculpas para no visitar. Es fácil entregarse a la rutina de la oficina con su papeleo, contestar correspondencia, o jugar con el computador, y hallar difícil salir oficina para ir a estar con la gente. Hace poco le dije a un joven pastor quien me envió un email acerca de nada más de lo debido: "Apaga ese computador y ponte a trabajar." Me imagino que pasaba horas todos los días escribiéndose email con sus amigos cuando debería estar entre su gente.

No gaste demasiado tiempo asistiendo a conferencias o reuniones denominacionales. Quédese en su iglesia y trabaje. El campo es el mundo, pero su iglesia es la fuerza con la que usted cultiva al mundo.

Póngase a la disposición de su gente. B. H. Carroll decía que una noche leyó los cuatro Evangelios y notó las veces cuando alguien trató de conseguir una audiencia con Jesús, bien sea un individuo o un grupo. Notó que hay por lo me-

nos ciento cincuenta veces cuando alguien buscó a Jesús. . . y ni una sola vez se fue sin verlo. Puede ser agotador, pero para ser buenos ministros tenemos que estar disponibles para nuestra congregación.

Ame y cuide genuinamente a su rebaño. Es fácil convertirse en profesional que se preocupa por la gente sólo por lo que pueden hacer por uno. No sea un asalariado. No sea simplemente una figura pública.

Julia Ward Howe, la poetisa que escribió "The Battle Hymn of the Republic," fue a ver al estadista Charles Sumner, allá en el siglo diecinueve, para suplicarle a favor de una familia necesitada. Sumner respondió: "Julia: estoy tan ocupado que no puedo preocuparme por individuos." Cuando eso nos sucede a nosotros, estamos más ocupados de lo que Dios manda.

La iglesia local debería ser un hospital general en donde cada miembro recibe cuidado intensivo. La manera en que usted cuida a la gente no sólo indica su interés por ellos, sino que nos guste o no, a menudo determina cuánto ellos sienten que Dios se interesa. Si usted no se preocupa por ellos y los ministra, ellos se preguntarán si Dios se interesa.

Los ancianos necesitan atención especial, y de paso, son las personas más fáciles para que un nuevo pastor las gane. Responden fácilmente a un poco de atención, y rápidamente querrán a nuevo pastor que se interesa lo suficiente como para visitarlos. Usted aprenderá pronto que la gente habla. Esto quiere decir que la palabra se regará de que usted está visitando, que usted se interesa, que usted es un buen pastor.

Pero no debe concentrarse exclusivamente en los ancianos, porque de hacerlo la iglesia se hará vieja y artrítica, e incapaz de cumplir su misión. Es difícil ir hasta lo último de la tierra con un bastón. Usted debe alcanzar a los jóvenes y a los adultos también. Una iglesia viva debe tener la energía y vitalidad de la juventud tanto como la madurez

y estabilidad de la edad a fin de cumplir la Gran Comisión. Así que no descuide ningún nivel de edad.

Visité regularmente a los confinados en el hogar, a los que están en asilos y hospitales. Honre a los ancianos, hable con los niños, y anime a los jóvenes.

Cuando se le preguntó por qué no estimuló más antes a su hijo, el padre de Leonard Bernstein contestó: “¿Cómo iba yo a saber que llegaría a ser Leonard Bernstein?” Nunca sabemos lo que un niño o un joven llegarán a ser, así que no los ignore. Jesús no lo hizo, ni tampoco debemos hacerlo nosotros.

Las cercas eclesiásticas ya no son altas lo suficiente como para impedir que las ovejas las brinquen. La gente puede dejar su iglesia, y la dejará, si no reciben cuidado; así que pastoree a su gente.

5

Despierte a la Adoración

La manera más rápida y más fácil para que un pastor influya en su iglesia es mediante el culto de adoración y la predicación. Es la ocasión cuando toda la iglesia está reunida en un solo lugar. Es la ocasión cuando el pastor tiene el mayor control de lo que sucede. Es la ocasión cuando la gente le presta oídos. Con el tiempo el culto de adoración invariablemente tomará el sabor de su personalidad. Así que el pastor que quiere revivir una iglesia estancada o que declina debe prestar atención a toda fase del culto.

Históricamente el culto siempre ha estado cambiando, pero cambia lentamente. En el siglo 17 algunos Bautistas proscibieron el canto congregacional de sus cultos porque lo consideraban una profanación. El culto era para orar y predicar.

Después de que se introdujo el canto, hubo desacuerdo en cuanto a cantar himnos o salmos. Los instrumentos musicales se aceptaron mucho más tarde, pero no sin conflicto. En 1804 se usó un violonchelo para acompañar el canto congregacional en la First Baptist Church de Providence, a pesar de la objeción de un opositor que declaró que “usar un violín en la casa de Dios es una violación flagrante de lo sagrado de la adoración.” La idea de instalar un órgano se introdujo en 1870, pero pasaron 17 años antes de que finalmente se lo instale (J. Stanley Lemons, *The First Baptist Church of America*, The Charitable Baptist Society, Providence, RI. 2001, 14, 46).

B.H. Carroll, que pastoreó la First Baptist Church de

Waco, y más tarde fundó el Southwestern Baptist Theological Seminary, creía que el propósito del coro era únicamente dirigir y unificar el canto congregacional. Dijo que era peor que absurdo que el coro cante solo y un pecado si se lo hacía habitualmente. Fue en 1873 que la congregación aprobó el uso de instrumentos musicales en el culto (Alan Lefever, *Fight the Good Fight: The Life and Work of Benajah Harvey Carroll*, Eakins Press, Austin, 1994, 28).

El punto es que el culto siempre está cambiando, pero el cambio ha tenido lugar lentamente y a veces dolorosamente. Tenga esto presente cuando intente cambiar las cosas en la iglesia.

No tiene que cambiar la forma del culto tanto como el espíritu en el cual se adora. La adoración debe ser viva, interesante y enérgica. La música es importante, pero no tiene que cantar sólo música nueva. Puede cantar los himnos antiguos si los canta como nuevo espíritu. Cante con entusiasmo y alegría. Cante himnos que la gente sabe, himnos que cuenten la historia del evangelio, himnos que con toda probabilidad tararearán en el trabajo, y la casa y en el patio.

Sobre todo, predique bien. No tiene que ser un gran predicador—pocos lo serán—pero sí puede ser un buen predicador. Si ora fervientemente, estudia duro, lee ampliamente, y se mezcla con su gente, podrá predicar efectivamente. La gente le oirá debido a las relaciones. Si usted está disponible para ellos, y está con ellos en el hospital, si bautiza a sus hijos, y si casa a los jóvenes, y entierra a sus seres queridos, y los ayuda cuando sufren, le oirán con el corazón y la mente abiertos.

Cuando pase al púlpito, diga algo como: “Abran su Biblia en” y entonces indique su texto. Eso lleva a la gente a la palabra de Dios desde el principio. Mientras están buscando la cita, puede reconocer a alguien, o extender un saludo, pero luego pase de inmediato a su sermón.

Limite su sermón a 20 ó 25 minutos. Antes de sus días

en Texas, y mientras estaba en Washington representando los derechos de los nativos estadounidenses, el general Sam Houston, héroe de la independencia de Texas, golpeó con su bastón al senador William Stanbery por calumniarlo. Siendo que había sido previamente miembro de ese cuerpo, el senado decidió enjuiciarlo. Houston sirvió como su propio abogado defensor, y pronunció un conmovedor discurso largo, muy largo. Cuando terminó, según la película presentada en televisión *Sam Houston, Hero of Texas*, el senado lo aplaudió y lo multó en la cantidad de diez dólares. En medio del juicio el presidente Andrew Jackson, su amigo y mentor, dijo: “Es el hombre del resuello más largo que conozco. Nunca usa dos palabras cuando puede usar setecientas”; y después de su sobreesimiento, Jackson dijo: “Si las palabras fueran balas, él podría ganar una guerra por sí solo.”

Que nunca se diga eso de usted. Tome un texto, explique lo que quiere decir y aplíquelo a la vida de las personas; luego siéntese.

La gente no escucha bien hoy, si acaso alguna vez lo hicieron. Eso es cierto, por lo menos en parte, porque escuchamos mucho más rápido de lo que la gente puede hablar. Barbara Brown Taylor nos recuerda: “La mayoría de las personas hablan unas 120 a 150 palabras por minuto, pero podemos procesar más de 500 palabras por minuto, lo que nos hace difícil prestar atención a las comunicaciones prolongadas, especialmente si el orador titubea o es aburrido” (Barbara Brown Taylor, *When God is Silent: 1997 Lyman Beecher Lectures on Preaching*, Cowley Publications, Boston, Mass., 14).

Cuando se predica el evangelio con sencillez y con poder, es lo más importante que puede suceder en cualquier sitio, en cualquier momento. Y eso es lo que la gente quiere. Como alguien me dijo: “Quiero que mi pastor me dé un mensaje de Dios cada semana. Cuando voy a la iglesia necesito un sermón, no una charla psicológica.” Así que

mantenga su enfoque principal en Jesús y el evangelio. Si lo hace, a la gente le encantará venir y escuchar.

Predique con pasión, con entusiasmo. Ray Outland dijo: “Los mejores sermones se predicán de puntillas.”

Predique como si creyera lo que dice, como si la eternidad dependiera de ello; porque así es. Predique esperando un veredicto. Concluya con una invitación que llama a la gente a venir a Cristo.

No sea intelectualmente holgazán. Usted es un orador público. Si hay herrumbre en su mente, pronto se la verá. Nadie puede quedarse mucho tiempo en el púlpito si no piensa y estudia. Si usted no estudia, deje el púlpito y busque otra cosa para hacer.

El propósito de un sermón es inspirar a los corazones de las personas y disponerlos para que salgan a la batalla. Si la trompeta da un sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla? No se ande por las ramas. Dígales al mismo principio qué es lo que se propone con su sermón, y luego hágalo. El que sube al púlpito y parlotea sin rumbo una serie de enseñanzas insignificantes y sin conexión, está tomando el nombre de Dios en vano.

Lo peor que se puede decir de la predicación de un ministro es: “No sé qué es lo que se proponía.” Si no puede predicar un sermón claro, búsquese algún otro tipo de trabajo.

El principio y el fin es cuando es más probable que desperdicie el tiempo. Sea natural en su voz y ademanes. Nos trate de impresionar a nadie con su conocimiento. Su gente no está interesada en cómo vivían los cristianos en las catacumbas; quieren saber cómo vivir entre sus vecinos hoy. No les interesa lo que dicen los eruditos griegos, o hebreos, o alemanes. Usted necesita saber eso, pero ellos no. Dígales lo que Dios dice, y dígalo de una manera sencilla. Tony Campolo ha analizado los sermones de Billy Graham y dice que cada quinta frase es: “La Biblia dice . . .” Esa es una razón por la que es tan efectivo.

Sea normal, natural, y con los pies en el suelo. Use buen español. Olvídese de las palabras rimbombantes. Lea ampliamente, pero no tanto como para que su lectura lo aleje de su gente. El balance es importante. Es nuestra obligación alimentar a las ovejas, no arrear a las ovejas. A las ovejas les gusta que se les dé de comer; nunca se resisten. Cuando se les da de comer repetidamente, seguirán al pastor adonde las dirija.

6

Edifique la Comunión

Cultivar una comunión cálida y cariñosa es esencial para revivir una iglesia que declina. Toda iglesia viva, cualquiera que sea su tamaño, es feliz, amistosa y cariñosa. Es una comunión real.

Las amistades empiezan en la puerta del frente con los que saludan. Algunos ujieres parecen estar más interesados en conversar entre sí que en saludar a los visitantes y creyentes. Entrénelos para que saluden a las personas con una sonrisa y un “Bienvenido,” y “¿Cómo está usted?” Cuando lleguen, deles un boletín. Si los ujieres no conocen a alguien, dígalos que pregunten: “¿Es usted nuevo por aquí? ¿Cómo podemos servirle?”

¿Ha ido a algún Wal-Mart últimamente? Tienen en la puerta personas que lo saludan y le dan la bienvenida con una sonrisa, y le ofrecen ayudarle a buscar lo que necesita. Esta práctica ayuda, aunque usted no necesite ayuda. Kristeen Bruum, dice: “Wal-Mart no tiene en la puerta personas para saludar porque la gerencia esté comprometida teológicamente a una cultura de hospitalidad. Las tienen porque se han figurado que los que se sienten bienvenidos vuelven más a menudo y gastan más. Me gustaría ver que hacemos por lo menos tan bien como Wal-Mart en el departamento de hospitalidad” (*Dallas Morning News*, 18 de septiembre del 2004).

Haga que los asistentes se saluden unos a otros en los cultos. Tal vez lo hagan a regañadientes al principio, pero

esto puede ser una parte importante del culto de adoración.

Sea usted mismo amistoso con las personas. Antes del culto muévase entre la congregación y salude a algunos. No puede saludar a todos, pero ellos pueden ver que se interesa por ellos. Su espíritu pronto contagiará a la congregación.

Hace poco visité una mega-iglesia que tiene como seis mil personas en los tres cultos de adoración el domingo por la mañana. Antes del culto el pastor estaba en uno de los pasillos saludando a los visitantes, abrazando a viejos amigos, y obviamente disfrutando de la conversación con la gente. Me dije al observarlo: "Esta es una razón por la que él tiene tan gran iglesia y lo quieren tanto como pastor. Está entre su gente, y no alejado de ellos. Disfruta estando con ellos y ellos con él."

Ayude a la gente a que se ría de nuevo. La risa es una señal de vida. Deles la oportunidad de decir una palabra de agradecimiento o alabanza, o de expresar sus preocupaciones cuando oran juntos. Fomente la armonía y buena voluntad. El diablo se deleita en esparcir confusión y poner a unos contra otros. Él está detrás de toda iglesia rota o dividida. Ore por sus enemigos. Ore por las personas con quienes no se lleva bien.

La iglesia que libra una guerra civil nunca prospera. Ame a su gente. Jáctese de ellos. Anímelos. Fomente la armonía en la iglesia. La gente ya tiene suficientes problemas en sus vidas sin que la iglesia los aumente. Sea amable con todos, porque todos tienen dificultades.

La comunión de la iglesia es frágil. Se puede dividir más rápida y profundamente por un pastor que por cualquier otra persona o cualquier otra cosa. El pastor sabio y que discierne no permite que la gente se divida por él o algún asunto que propone. Es mejor retroceder en algún asunto o propuesta que dividir a la iglesia.

Nunca presione un asunto que haga que la gente tenga

que escoger entre usted y los vecinos. Los pastores vienen y se van, pero la gente tiene que quedarse. Deben vivir unos con otros, y verse unos a otros en las calles y en la oficina de correos. A menudo tienen estrechos lazos familiares. Si tienen que escoger entre usted y unos y otros, lo más probable es que usted pierda.

Ahórrese usted mismo, y a la iglesia, muchos problemas conversando a tiempo con personas clave de la iglesia sobre asuntos clave. Dale Jones, laico, hace poco habló en un culto en la capilla de Truett sobre el tema: "Lo que un Laico Espera de su Pastor." Sirvió en la Fuerza Aérea y después en una compañía petrolera, así que tuvo que mudarse frecuentemente y tuvo diecinueve pastores diferentes con el correr de los años. Dijo que una cosa que esperaba de su pastor era la humildad para reconocer que Dios puede hablarles a otros y darle visión a otros que no sea el pastor, y, además, que el pastor sea lo suficientemente sincero como para admitir sus errores.

Un pastor anciano me dijo: "Manténte humilde y así no tropezarás." Un espíritu humilde en el pastor le ayuda a cultivar una congregación contenta, y una congregación contenta es esencial para la vida y la vitalidad.

7

Busque a las Personas

Para lograr revivir una iglesia estancada o que declina usted tiene que tocar timbres tanto como repicar las campanas. Todo pastor que se dedica a la visitación verá que su iglesia crece. Se puede alcanzar a las personas pero debemos ir a buscarlas.

El lema no oficial de la última iglesia que pastoreé era: “Deja la silla, ponte de pie y sal a la calle.” Visite siempre a los que lo visitan. Hágalo en la misma semana que visitan su iglesia. Vayan al barrio, de dos en dos, y visiten toda casa y apartamento a varias manzanas a la redonda de su iglesia. Fíjese metas de visitación semanal para usted mismo. Si no puede lograr que nadie lo acompañe, vaya solo. Determine que aunque nadie más haga lo que se debe hacer, usted lo hará. Conforme los miembros ven su ejemplo y la palabra se riega, otros con toda probabilidad se le unirán. Aunque no se le unan, usted será fiel a su llamamiento.

Busque a toda persona, sea cual sea su raza, clase, o condición económica. Dios se interesa por todos, y toda persona por la que Cristo murió debe sentirse querida y bien recibida. Robert E. Webber en *Ancient-Future Evangelism* dijo que la razón número uno por la que la iglesia inicial creció fue porque “estaban abiertos para todos.”

Empiece por la puerta junto a la iglesia, y visite a los que viven allí. Luego pida los nombres de los que viven al lado y vaya a verlos. Mientras peor sea el tiempo, mejor es el tiempo para visitar. Cuando caiga nieve, granizo o llueva, vaya a visitar. Allí es cuando es más probable que

hallará en su casa a la gente.

Si puede conseguir que otros vayan a visitar con usted, divida a la comunidad por áreas y asígnelas por equipos. Vuelvan a la iglesia después de la visitación para tomar café, galletas e informar. Tal vez no tengan historias de grandes éxitos o una invasión de personas que suplican unirse, pero sí pueden atender las necesidades de personas que están solas, y harán contactos para que cuando la gente tenga necesidades, piensen en la iglesia. Además, la palabra se regará de que un nuevo día ha llegado a su iglesia.

Si es posible, deje algo con las personas para recordarles su visita; tal vez un Nuevo Testamento marcado.

Celebre reuniones de compañerismo en su hogar e invite a los miembros en perspectiva a su casa para cenar. Haga que los miembros de la iglesia también lo hagan. Pida que los miembros inviten a sus casas a los posibles miembros, para tomar café, o para cenar, como vecinos.

Los beneficios de este tipo de visitación son incontables:

- Ganarán a algunos para el Señor.
- Descubrirán nuevos posibles miembros.
- Plantarán semillas para una cosecha posterior.
- Animarán a algunos a que empiecen a asistir de nuevo a su iglesia.
- Cultivarán buena voluntad en la comunidad.
- Entablarán relaciones con los que no asisten a la iglesia, que los llamarán más tarde cuando tengan necesidades especiales tales como una boda, una muerte o un hijo en problemas.
- Comprenderán mejor a la comunidad.
- Pondrá ejemplo para su gente, lo que los hará sentirse orgullosos de usted como pastor.
- Usted mismo recibirá bendición y será reavivado.
- Dios bendecirá sus esfuerzos.

8

Promueva Proyectos Especiales

Para revivir o renovar una iglesia hay que empezar algunos proyectos nuevos. No se puede seguir haciendo lo mismo año tras año. La variedad despierta interés y crea entusiasmo. Como alguien dijo: "Si sigues haciendo lo que siempre has hecho, seguirás consiguiendo lo que siempre has conseguido." Los siguientes son unos cuantos proyectos para considerar:

- ✓ Empiece un estudio bíblico al mediodía para las personas de negocios, en el templo o en algún restaurante cercano un día a la semana. Coman de 12:00 - 12:15. Tenga un estudio bíblico de 12:15 a 12:45. Despídalos a las 12:45.
- ✓ Realice una comida de pescado frito, cena con presas de cacería, o una parrillada para hombres, e invite a oradores especiales. Pida que inviten a amigos y otros simpatizantes.
- ✓ Modernicen sus edificios y predios. Esta es una de las maneras más rápidas de mostrar que cambios y progreso están teniendo lugar en su iglesia, y por lo general se puede hacer sin levantar gran disensión o discusión. Pinten los edificios. Reemplacen la alfombra gastada. Pongan cojines en las bancas. Mejore el sistema de iluminación. Arregle los jardines. Ponga un nuevo letrero. Los edificios y predios bien cuidados dan el mensaje silencioso de

que: “Alguien se preocupa.” Da el mensaje visual a los miembros de la iglesia y a la comunidad en general del orgullo y la clase de la iglesia.

- ✓ Empiece un grupo de discipulado. Seleccione unos pocos hombres o parejas y dedique tiempo para entrenarlos. Selecciónelos expresamente. Eso fue lo que Jesús hizo. Nunca pidió voluntarios. Parte del papel del pastor es identificar y desarrollar líderes, no simplemente hacer todo el trabajo por sí mismo. Se pueden reunir en su casa, en la casa de ellos, o en algún restaurante local. Se pueden reunir durante el desayuno, el almuerzo, o la cena, dependiendo de la conveniencia de ellos. Dedíqueles tiempo. Vaya a pescar o de cacería con ellos. Juegue golf con ellos. Simplemente dedique tiempo para estar con ellos.
- ✓ Empiece un ministerio en algún asilo de ancianos. Pregunte al director del asilo de ancianos local si puede celebrar cultos de adoración los domingos por la tarde. Si no se están celebrando ya cultos de adoración, lo recibirán con brazos abiertos. Las enfermeras y directores con gusto reunirán a los residentes en el salón central. El 46% de los que residen en asilos de ancianos no tienen hijos vivos, y más de la mitad no tienen parientes cercanos. El hecho triste es que dos tercios de todos los que residen en asilos no tienen nadie que los visite regularmente (*Christianity Today*, septiembre 2004, 60).
- ✓ Celebre una campaña en una carpa. Una carpa es su propia publicidad. Atrae a personas que muy difícilmente logrará que entren en un templo.
- ✓ Empiece un ministerio en la cárcel. Los Estados Unidos tienen el 5% de la población mundial, y el 25% de encarcelados del mundo (Fox News, 15 de sept., 2004). Uno de cada setenta y cinco hombres de los Estados Unidos está en la cárcel (*Tyler Morning Telegraph*, 29 de mayo, 2004), y según un fiscal

del distrito el 90% de las personas en las cárceles jamás reciben la visita de nadie. Las cárceles y prisiones pueden ser el más grande campo misionero que hay en los Estados Unidos hoy. Pregúntele al shérif local si puede celebrar cultos en la cárcel los domingos por la tarde. Muchos de los reclusos están presos por primera vez. Lleve consigo a unos pocos laicos. Si alguien toca la guitarra, pídale que dirija el canto de cantos conocidos, y después predique un breve mensaje de salvación. Algunos escucharán y responderán, y usted será bendecido, aunque nadie más lo sea.

- ✓ Bautice en un río o en un lago cercano. Muchos nunca han visto un bautismo fuera de un templo. Esta clase de culto atraerá visitantes y despertará entusiasmo.
- ✓ Realicen un paseo al parque para toda la iglesia un domingo por la tarde. Organice juegos y competencias. Instalen un equipo portátil de amplificación para el culto. Pida que la gente traiga sus sillas playeras o frazadas para sentarse.
- ✓ Celebre una reunión de vuelta a casa. Hágala como conmemoración de la fundación de la iglesia. Honre a los fundadores de la congregación. Inviten a los ex-miembros a que vuelvan para celebrar con ustedes.
- ✓ Celebre una campaña e invite a los pastores anteriores para que prediquen cada noche. Cada uno de ellos es un predicador favorito de algunos de los miembros de la congregación. Cada uno de ellos casó a algunos, enterró a otros, y bautizó a algunos de la congregación. Todos tienen lazos especiales con diferentes miembros de la congregación. Su gente se alegrará al verlos y oírlos de nuevo.
- ✓ Instale una canasta de baloncesto, o una red para voleibol, y anuncie recreación los viernes por la

noche para jóvenes o para parejas. Anímelos a que inviten a sus amigos que no asisten a la iglesia. Cultivará buenas relaciones con su gente y establecerá amistad con posibles miembros. Muchos nunca han conocido al predicador fuera del púlpito. Una vez que se den cuenta de que usted le gusta divertirse, que es parte normal de la raza humana, es más probable que vengan a oírle predicar.

- ✓ Tengan reuniones de compañerismo después del culto de las noches los domingos. Preparen helado hecho en casa, sandía, galletas y café, y haga que la gente se reúna simplemente para disfrutar del tiempo. Cuando la gente disfruta estando unos con otros y se quieren, la iglesia cobra vida. El pastor puede crear oportunidades para que tales actividades tengan lugar.
- ✓ Fije un día de la más alta asistencia. Anime a cada clase a alcanzar el ciento por ciento de su matrícula. Promueva la más alta asistencia en la historia de la iglesia. Esto puede animar a la iglesia que tal vez esté desanimada, derrotada, o desalentada por años. Todo lo que se pueda hacer para mostrar progreso y logro ayudará a animarlos.

La variedad no solamente es la sazón de la vida, es la esencia de la vida. Haga nuevas cosas, y la iglesia cobrará nueva vida.

9

Ministre a la Comunidad

Una iglesia revivida, revitalizada, tendrá una preocupación renovada por su comunidad. Empezarán un banco de alimentos para dar de comer a los que tienen hambre, servirán una comida al mediodía en el templo para los necesitados, organizarán un banco de ropa para proveer ropa buena usada para los pobres y los necesitados; harán algo para cumplir la enseñanza de Jesús: “En verdad les digo que en cuanto lo hicieron a uno de estos hermanos Míos, *aun a* los más pequeños, a Mí lo hicieron” (Mat. 25:40, NBLH).

Usted hallará que trabajar con los indigentes y pobres no es trabajo pulcro. El olor de la gente se notará a distancia y serán diferentes que usted, pero están entre “los más pequeños” de los cuales Jesús habló. Se aprovecharán de usted. A mí me han esquilado más veces que a la tienda de la esquina local, pero es importante alcanzar a tales personas. Jesús lo hizo.

Participe en las misiones. Participe en las misiones locales. Considere empezar una misión; tal vez una misión para gente de otra raza en su comunidad. Según el último informe de la oficina del censo, los caucásicos ya no son la mayoría en Texas por primera vez desde hace dos siglos. Los hispanos forman el 35.3% de la población, los negros forman el 10.8% de la población, y los de origen asiático son alrededor de 4% (*Tyler Morning Telegraph*, 27 de agosto, 2004). Estas personas necesitan el evangelio y tal vez una iglesia propia; así que ayúdelos. No gasten en ustedes mis-

mos todo el dinero que reciben. Nada puede revivir una iglesia como salir de sí misma para ayudar a otros.

Además, participe en misiones más allá de su comunidad local. Lleve a su gente en viajes misioneros, tal vez a México, para edificar un templo, celebrar una Escuela Bíblica de Vacaciones, etc. Haga que su gente vea el poder del evangelio cuando se lo predica a personas que no están tan endurecidas al evangelio. Permita que vean la dedicación y sacrificios de creyentes en otros países. Cuando vuelvan a los Estados Unidos serán personas diferentes, y su iglesia será diferente. Esta puede ser una de las maneras más rápidas para despertar y reavivar una iglesia que declina.

Si no tiene la gente, el liderazgo o los recursos, vaya usted mismo en un viaje misionero. Únase a otras iglesias de la asociación o de la convención estatal y vaya con ellos. Un esfuerzo cooperativo así demostrará ser una bendición doble.

10

Use Sentido Común

Mucho de la recuperación se reduce simplemente a puro trabajo duro y sentido común. Cosas como:

Trabaje Arduamente

La ociosidad puede ser su ruina. Los ministros no tienen que marcar la hora de entrada o de salida, ni tienen que informar a un superior, ni tienen que llenar cuotas de visitación. Nosotros controlamos nuestros propios horarios. Hay el peligro de dormir hasta tarde, tomar largos recesos para café, irnos a casa temprano, y desperdiciar las horas en lugar de trabajar diligentemente en la obra del ministerio. Así que prepare un horario diario y semanal para su trabajo. Fíjese metas para la visitación. No podrá cumplir el horario a la perfección y lograr exactamente cada meta, pero no se aproximará más si no trata de hacerlo.

No hay sustituto para el trabajo arduo. Por otro lado, el trabajo arduo suplirá por casi cualquier otra deficiencia que usted pudiera tener. No tiene que tener la mente más aguda o la voz más elocuente para hacer grandes cosas para Dios. Si trabaja más duro que cualquier otro, probablemente logrará más para Dios. Eso es lo que el apóstol Pablo dijo que hizo (1 Corintios 15:10). El trabajo arduo fue una de las características de su ministerio (2 Corintios 11:23; Colosenses 1:29; 1 Timoteo 4:10). Debería ser la suya también.

Sepa su Misión

Tener un sentido de misión, es decir, que la iglesia existe para un gran propósito, es esencial para que esa iglesia sea vibrante y viva. Cuando la iglesia pierde su sentido de misión, empieza a morirse. Puede continuar reuniéndose y puede tener todas las señales externas de vida, pero para todo propósito práctico, el rigor mortis espiritual ya ha empezado. Así que dirija a su iglesia a volver a descubrir y a renovar su consagración a la visión que Dios les dio; es decir, a ser el cuerpo de Cristo aquí la tierra y a llevar el evangelio a todos en todas partes.

Siempre hay el peligro de que una iglesia, especialmente cuando es vieja, deje que la organización se vuelva más importante que la causa. Así que debemos tener bien clara la misión en nuestra propia mente y clara ante la iglesia.

Jesús dijo: “el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10), y “el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mc. 10:45). Luego añadió: “como el Padre Me ha enviado, así también Yo los envío” (Jn. 20:21). Su misión es ahora la nuestra. Nunca debemos perder de vista eso, ni dejar que nuestras iglesias se alejen de ella.

Sea un Historiador

Conozca la cultura, la historia y las tradiciones de su iglesia; y respételas. Dale Jones, a quien ya mencioné antes, hablando en la capilla del Seminario Truett sobre: “Lo que un Laico Espera de su Pastor,” dijo: “Quiero que aprenda rápidamente cómo hacemos las cosas aquí. Toda iglesia tiene sus procesos en cuanto a cómo se hacen las cosas, y él necesita encajar en ese proceso, por lo menos al principio.” Aprenda cuáles son los procesos y tradiciones de la iglesia, y hónrelas. Aferrarse a las tradiciones no es necesariamente vivir en el pasado; a menudo es preservar

lo mejor para el futuro.

Si cambia demasiado, demasiado rápido, es como decir: "Ustedes lo hacían todo mal hasta que yo llegué." A la gente no le gusta eso. Tenga especialmente mucho cuidado en cuanto al cambio rápido en el estilo de adoración. Busque consejo sabio y la aprobación de la iglesia antes de hacer cualquier cambio significativo.

Conozca su Comunidad

Involúcrese en la comunidad. Aprenda a conocer a sus colegas pastores y hable bien de ellos. Cuando Dios derrama su gracia y su llamamiento, no discrimina por raza o denominación. Él tiene pueblo que no están en su iglesia o denominación y que le sirven fielmente (Lc. 9:49-50).

Si usted vive en una comunidad pequeña, visite regularmente los lugares donde se reúnen: la cafetería donde se reúnen, eventos deportivos, etc. Siéntese y hable con ellos. Aprenda a conocerlos. Interésese en las cosas que les interesan. Sea parte de la comunidad. Ellos notarán eso y lo apreciarán.

Prepare un gráfico del crecimiento pasado de su comunidad y de su iglesia. Anote el crecimiento de la Escuela Dominical, ofrendas, bautismos, y adiciones en los últimos diez años. Puede conseguir esa información en las actas de la asociación, que por lo general están disponibles en la oficina de la asociación. Esto le ayudará a su gente a ver el progreso de la iglesia o la declinación de la misma en los años recientes.

Estudie también su comunidad. Al hacerlo puede descubrir que necesita tal vez un ministerio para solteros, una misión para personas de otra raza, o nuevas clases de Escuela Dominical. La oficina de su convención Bautista estatal puede darle un perfil de su comunidad en base al último censo, que muestra tales cosas.

Tenga Clase

Hágalo todo apropiadamente, con buen gusto, con dignidad, de una manera que su gente pueda enorgullecerse. La congregación está a merced del predicador que tiene pésimo criterio, mal gusto, una naturaleza grosera, conciencia embotada, y el don fatal de decir y hacer lo indebido. No hay lugar para estas cosas en la obra de Dios. Después de todo, representamos al Rey.

Nadie jamás se abochorna cuando usted viste bien, usa buen español, muestra buenos modales, dirige el culto de una manera ordenada y digna, y mantiene los edificios y predios en buen estado. Al contrario, la gente se enorgullecerá de eso, o por lo menos se sentirá bien.

Empiece los cultos a tiempo, y termínelos a una hora razonable. Cuide que el templo esté pulcro y limpio, aunque tenga usted mismo que recoger papeles o sacar la basura. Examine el edificio y los predios regularmente y anime a la gente a enorgullecerse por el estado de los edificios. El templo es un monumento físico a la presencia espiritual de Cristo. Debe representarlo bien.

Siempre vístase para el triunfo. Para subir al púlpito póngase traje, con calcetines y corbata que combinen. Mantenga ambos pies firmes en el piso cuando esté en la plataforma. Mantenga abotonada su chaqueta. Cuide de estar siempre bien peinado y bien rasurado. No tiene que tener mucha ropa; simplemente manténgala limpia y bien planchada. Preséntese y actúe como profesional. Eso es lo que usted es.

Expresa Gratitud

Cuando alguien haga por usted, por pequeño que sea, agrádezcalo. Tenga a mano una buena provisión de notas de agradecimiento y úselas regularmente. Lleva apenas un minuto expresar su aprecio por un acto de bondad, y deja una impresión duradera. George W. Truett, por invitación

de Woodrow Wilson, pasó seis meses en Europa durante la Segunda Guerra Mundial ministrando a las tropas. Con frecuencia trabajaba dieciocho horas al día, predicando hasta seis veces al día, a unos 15 mil hombres cada día. Pero con todo hallaba tiempo al final de día para escribir una nota personal a las familias de todo texano que había encontrado. Como puede imaginarse, esto hizo que esas familias lo quisieran para siempre, y que se lo dijeran a todos sus conocidos. Será lo mismo con usted y su gente

Hace años, cuando Rudyard Kipling se hallaba en la cúspide de su popularidad, dijo que le pagaban 25 centavos por cada palabra que escribía. Alguien le envió una carta incluyéndole 25 centavos, y diciéndole: “Mándeme una de sus mejores palabras.” Kipling respondió con una nota que decía: “Gracias.” Esa debe ser una de sus mejores palabras, también.

Cumpla con su Deber

Uno de los más grandes testigos del Cristo vivo es una iglesia vibrante, dinámica y viva. La iglesia es el cuerpo de Cristo. ¿Cómo podemos proclamar que ese Cristo, Cabeza de la iglesia, está vivo y bien si la iglesia, su cuerpo, está deslustrado y muerto? La obra de revivir iglesias estancadas o que declinan es vital para el reino y merece nuestro mejor esfuerzo.

En la pared exterior del viejo edificio de la Corte en Vicksburg, Mississippi, hay una placa acerca de Jefferson Davis, Presidente de los Estados Confederados durante la Guerra Civil. Dice: “Pasó al frente para cumplir su deber en un mundo de acción.” Eso es lo que debemos hacer: pasar al frente y cumplir nuestra obligación a Cristo y su iglesia.

Para resumir, la clave para revivir una iglesia estancada o que declina es ésta: Ame al Señor de todo corazón, ame a la gente incondicionalmente, predique la palabra de Dios, trabaje duro; y sucederá.

PARTE II

*Marcas de una
Iglesia Llena del Espíritu*

1

Creencia:

Simplemente Presénteles a Cristo
Hechos 2: 22-24; 32-39

Leí de una misionera que había dedicado toda su vida a trabajar entre los más pobres de los pobres, y la historia de su ministerio era conocida ampliamente. Una vez hablaba con un grupo de los Estados Unidos, que había ido a visitar su ministerio. Después de su charla, preguntó si había preguntas.

“Yo tengo una,” dijo una mujer sentada en la primera banca. “En los Estados Unidos nuestra orden religiosa ha estado perdiendo miembros. Más y más mujeres se van cada día. Sin embargo usted parece estar atrayendo cada vez más y más personas. ¿Cómo lo hace?”

Sin titubear la misionera contestó: “Les presento a Jesús.”

“Sí, lo sé,” dijo la mujer, “pero, por ejemplo, ¿cómo hace usted para que las personas acaten y sigan las reglas? ¿Cómo lo hace?”

“Les presento a Jesús,” respondió.

“Sí, lo sé,” dijo la mujer, “pero, ¿no podría ser más específica?”

“Les presento a Jesús,” repitió de nuevo.

“Hermana,” dijo la mujer, “todos sabemos bien su excelente obra. Quiero saber algo más.”

La religiosa dijo calmadamente: “Les presento a Jesús. No hay nada más.”

Eso fue lo que hizo la iglesia del Nuevo Testamento.

Presentó a Jesús. Para ellos, no había nada más.

Esa iglesia inicial estaba llena del Espíritu. El Espíritu Santo la formó y la llenó en el día de Pentecostés. Ejerció un poderoso impacto tanto en individuos como en la sociedad. Los primeros creyentes trastornaron el mundo moral, social y espiritualmente. Se caracterizaba por cinco cosas: era una iglesia que creía, una iglesia que aprendía, una iglesia que tenía comunión, una iglesia que adoraba y una iglesia que testificaba.

Sin embargo, la verdad que la iglesia sostenía por sobre todo era a Jesús: el Jesús de la profecía, el Jesús de la historia, Jesús de la experiencia. Jesús era el objeto de su fe y el tema de su predicación. Mantenían sus reflectores sobre él. Sesenta y ocho veces en el libro de Hechos, un promedio de dos y media veces por capítulo, se menciona el nombre de Jesús. Él era el centro y circunferencia de sus vidas. Todavía no se habían dado a resúmenes de libros, entretenimiento religioso, o diez pasos para la vida victoriosa.

Hoy en día necesitamos iglesias llenas del Espíritu. Es la única clase de iglesia que puede atender las necesidades y cambiar nuestro mundo. Una iglesia llena del Espíritu no se caracteriza por espasmos espiritual, o una ola de manos santas recorriendo la congregación. Se caracteriza por un énfasis en Jesús. Si queremos tener lo que tenían los primeros cristianos, tenemos que hacer lo que ellos hicieron: volver a poner el enfoque en Jesús, no en el predicador, ni en la música, ni en el programa, sino en Jesús. En nuestras vidas personales, en nuestra predicación, en nuestra enseñanza nuestros programas, Jesús debe ser magnificado. El reflector debe estar sobre él.

¿Qué creía la iglesia del Nuevo Testamento en cuanto a Jesús? Se lo puede ver en el primer sermón predicado en Pentecostés. Hubo cinco cosas presentadas claramente en Hechos 2:22-24, 32-39:

- Jesús vivió una vida aprobada por Dios.
- Jesús murió una muerte ordenada por Dios.

- Jesús fue resucitado de los muertos por el poder de Dios.
- Jesús fue exaltado a la diestra de Dios.
- Se puede tener experiencia con Jesús por medio del Espíritu de Dios.

El Maestro Viene de Dios

Primero, Jesús vivió una vida aprobada por Dios (v. 22). ¿Cómo mostró Dios su aprobación de Jesús? Mediante señales, maravillas y milagros. Nicodemo, el gobernante de los judíos que vino a Jesús de noche, lo resumió cuando dijo: “Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él” (Jn. 3:2). Nicodemo vio los milagros de Jesús como evidencia de que la mano de Dios estaba con él.

Los milagros hacen tropezar a muchos porque no los entienden. Los milagros son un acto de Dios, y un Dios que no puede hacer milagros no sería un gran Dios. Hay dos cosas que necesitamos entender en cuanto a los milagros que menciona la Biblia:

- No todos los del pueblo de Dios hicieron milagros. Sólo unos pocos los hicieron. La gran mayoría de personajes de la Biblia, incluso fieles a Dios, no hicieron milagros. Moisés hizo milagros, Eliseo hizo milagros, los apóstoles hicieron milagros, y, por supuesto, Jesús hizo milagros. Pero Abraham, Isaac, Jacob y José no hicieron milagros. Ninguno de los reyes: Saúl, David y Salomón, hicieron milagros. La verdad es que la mayoría de los personajes en la Biblia no hicieron milagros.
- Los milagros no ocurrieron todo el tiempo. Tuvieron lugar ocasionalmente y en grupos. Por lo general marcaban nuevos comienzos. Eran el sello divino de aprobación sobre individuos o eventos. Por ejemplo, hubo muchos milagros alrededor del Éxodo. Dios

envió las plagas a Egipto, dividió las aguas del Mar Rojo, envió codornices y maná del cielo para dar de comer a su pueblo durante los cuarenta años de peregrinación en el desierto, y durante todos esos años su ropa no se gastó ni sus pies se hincharon (Neh. 9:21). Pero tan pronto como entraron en la Tierra Prometida, los milagros cesaron y tuvieron que arar la tierra, sembrar semillas, y orar por lluvia para poder tener comida. El pueblo estaba en la Tierra Prometida y la vida volvió a normal. Los apóstoles hicieron muchos milagros, pero conforme uno avanza en el libro de Hechos, menos y menos milagros halla uno.

El más grande obrador de milagros fue el mismo Jesús. Dio vista a los ciegos, hizo oír a los sordos, al cojo andar, y a los muertos volver a la vida. Habló al viento y a las olas, y le obedecieron. Anduvo sobre el agua. Multiplicó pescados y panes. Como el historiador H. G. Wells dijo: "Fue un profeta de poder sin precedentes." Pero nunca hizo milagros para impresionar o agradar a las multitudes. Lo hizo por compasión y para suplir necesidades humanas. Los milagros eran la manera de Dios de decir vez tras vez: "Este es mi Hijo amado, óiganlo."

El Plan Eterno de Dios

Segundo, Jesús murió una muerte ordenada por Dios (v. 23). Su muerte fue a la vez predeterminada y preconocida por Dios; es decir, no fue un accidente ni fue sorpresa para Dios. Fue parte del plan eterno de Dios. Sin embargo, cuando Pedro predicó el sermón, acusó a sus oyentes de crucificar a Jesús. Ellos fueron parte de la chusma que, pocas semanas antes, habían asistido al juicio de Jesús, y gritado: "¡Crucifícale! ¡crucifícale!"

El filósofo Cicerón dijo que la crucifixión era "el más cruel y vil de los castigos." Otros lo llamaban "la pena extrema." Como tal, Roma la reservaba para los peores elemen-

tos de la sociedad: asesinos, revolucionarios y esclavos.

Así que Pedro les dijo: "Ustedes asesinaron a Jesús como si fuera un criminal común." No sé cómo armonizar el hecho de que la muerte de Jesús fue predeterminada y preconocida por Dios, y el hecho de que estas personas fueron responsables por su muerte. Sin embargo, el punto que a mi juicio necesita recalcarse es que ellos, por su acto cruel, no echaron al traste los propósitos de Dios. Todo fue parte de su plan eterno.

¿Quién mató a Jesús? Los soldados romanos hicieron el trabajo sucio de arrestarlo, burlarse, flagelar y crucificar a Jesús. Los líderes religiosos de su día y una minoría de la población judía pidieron a gritos su muerte, pero Jesús aceptó la responsabilidad de su propia muerte. Él dijo: "Yo pongo mi vida, . . . Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo" (Jn 10:18). Jesús veía su muerte de antemano como cumpliendo su misión en el mundo, y avanzó hacia el conflicto que precipitó su muerte. La verdad es que nosotros matamos a Jesús. Murió por nuestro pecado. Su sangre está en nuestras manos. La Biblia lo dice. Juan dijo que Jesús fue "el Cordero inmolado desde antes de la fundación del mundo" (Ap. 3:8).

El profeta Isaías, setecientos años antes del evento, miró hacia adelante y habló del sufrimiento y muerte del Mesías que vendría como si ya hubiera sucedido: Dijo: "Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros" (Is. 53:5-6).

Se ha dicho: "Hay dos grandes momentos en la vida de una persona: el primero es cuando nace, y el segundo cuando descubre por qué ha nacido." Desde sus primeros días Jesús sabía por qué había nacido; nació para morir. Vivió su vida bajo la sombra de la cruz.

Hay una pintura de Jesús que me encanta. No sé quién

sea el artista, pero presenta a Jesús como muchacho trabajando en la carpintería de su padre en Nazaret. Mientras trabaja sobre el banco, un rayo de sol cae sobre él y arroja una sombra contra la pared. Es la sombra de una cruz.

No sé cuándo Jesús se dio cuenta por primera vez de que había nacido para morir por los pecados del mundo, pero fue mucho tiempo antes de que suceda. Repetidas veces les dijo a sus discípulos que *debía* ir a Jerusalén, en donde sería traicionado por hombres pecadores, crucificado y que resucitaría de los muertos al tercer día (Mc. 8:31; 9:31). Al acercarse el fin, la Biblia dice que Jesús afirmó su rostro para ir a Jerusalén (Lc. 9:51). Sabía lo que sucedería allí, pero tenía que ir. Estaba bajo un mandato divino.

Entre una cuarta parte y un tercio de cada uno de los Evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan, se dedica a los últimos siete días de la vida de Jesús. El espacio dedicado a la muerte de Jesús nos ayuda a entender por qué vino. Vino para morir.

Mire la Evidencia

Tercero, Jesús fue resucitado de los muertos por el poder de Dios (v. 32). Este fue el mensaje central en cuanto a Jesús. Treinta veces en el libro de Hechos se nos dice que Jesús fue “levantado” o “resucitado.” La palabra “levantar” quiere decir “ponerse de pie de nuevo.” La palabra “resurrección” quiere decir “traer a nueva vida.” Los discípulos bajaron de la cruz el cuerpo de Jesús, lo pusieron en la tumba de José, y tres días después Dios hizo que Jesús se pusiera de pie de nuevo. Lo trajo a nueva vida.

Para todos esto fue la parte difícil de creer. Cuando María Magdalena, Juana y María trajeron a los apóstoles la palabra de que Jesús había resucitado los muertos, “a ellos les parecían locura las palabras de ellas, y no las creían” (Lc. 24:10-11).

Cuando Pablo predico en Atenas empezó con la religión natural. Habló de cómo Dios había creado todas las

cosas y de una sangre había hecho a todos los pueblos de la tierra. Los filósofos de ese día no tenían problemas con eso, pero cuando declaró Jesús había sido resucitado de los muertos, se rieron burlándose de él. Cuando le testificó al gobernador romano Festo respecto a la resurrección, Festo dijo que Pablo estaba loco (Hch. 26:24).

Esas personas antiguas jamás habían visto televisión, ni hablado por un celular, ni volado en un avión, pero sí sabían que los muertos no vuelven a la vida. Convencerlos al contrario no era tarea fácil. Creyeron sólo después de verlo repetidamente con sus propios ojos. Tenían que tener prueba infalible.

¿Cómo podemos estar hoy seguros de la resurrección? ¿Qué prueba tenemos? ¿Por qué razón deberíamos nosotros, o algún otro, creerla? Hoy no podemos ni probar ni refutar la resurrección. Para poder refutarla, tendría que haberlo sido en ese día. Si alguien hubiera presentado prueba de que Jesús no había resucitado los muertos, el movimiento cristiano se hubiera dispersado en confusión. En tanto que no podemos ni probar ni refutar la resurrección, sí podemos ver las evidencias de ella. Estas son tres de ellas:

- El testimonio de los testigos oculares. Pedro declaró en cuanto a la resurrección: “de esto todos nosotros somos testigos,” y hoy tenemos el registro escrito de sus relatos de testigos oculares. ¿Qué diremos de esta clase de evidencia? Es de lo mejor. Es de la misma clase de evidencia que hemos usado para establecer cualquier cosa históricamente, y lo misma clase de evidencia que usamos para establecer cosas legalmente.

Hay quienes dicen que el Holocausto nunca sucedió. Dicen que es un cuento ficticio inventado por los judíos. ¿Cómo sabemos que el holocausto en realidad tuvo lugar? De la misma manera en que sabemos algo históricamente: Por los testigos oculares que anotaron el evento para nosotros. Esa

es la clase de evidencia que tenemos de la resurrección.

Legalmente establecemos las cosas de la misma manera. Si hubo un homicidio anoche, una de las primeras cosas que la policía quiere saber es: “¿Lo vio alguien?” Luego: “¿Hay otros testigos?” Después el fiscal establece el caso de acuerdo al número, acuerdo y confiabilidad de los testigos. Diariamente se envía a personas a la cárcel o se los sentencia a muerte debido al testimonio de los testigos oculares.

- La evidencia de vidas cambiadas: Cuando los soldados vinieron para arrestar a Jesús los discípulos huyeron en la noche como conejos asustados. Simón Pedro, cuando se le preguntó en cuanto a su asociación con Jesús, negó conocerlo. Pero después algo les sucedió a estos discípulos. Los amenazaron, azotaron, encarcelaron, e incluso los mataron por su fe en Jesús, y no lo negaron. Sostenían, incluso frente a severa persecución, que Jesús había sido resucitado de los muertos. Las personas ordinariamente no mueren por una mentira. Es seguro alguien hubiera cedido. Sucede todo el tiempo. En el reciente escándalo de la empresa Enron (enero del 2004) el principal ejecutivo financiero, Andrew Fostow, y su esposa confesaron bajo amenaza de largos años de prisión lo que al principio habían negado. Dieron testimonio que implicaba a otros en la compañía. Bajo la presión de la cárcel y multas, cedieron. Los discípulos hubieran cedido si la resurrección de Jesús no habría sido verdad.
- La evidencia del movimiento cristiano. De este evento brotó la más grande revolución social y espiritual en la historia del mundo. Incontable bien ha surgido del movimiento cristiano a través de los siglos en forma de hospitales, orfanatos,

escuelas, derechos de la mujer y la moralidad. Si Jesús no hubiera resucitado los muertos, entonces el cristianismo no es verdad, y si el cristianismo no es verdad, una mentira ha hecho más bien en el mundo que lo que ha hecho la verdad.

En la obra magistral de John Masefield, *Pontius Pilate*, el centurión al mando del pelotón romano que crucificó a Jesús, presenta su informe a Pilato. Prócula, esposa de Pilato, le pregunta al capitán: “¿Piensas que Cristo realmente está muerto?”

“No, señora mía; no lo creo,” fue la respuesta del centurión.

“¿Dónde está él?” preguntó ella.

“Por todo el mundo,” respondió el centurión, “en donde ni judío, ni romano, ni ningún pecador jamás podrá detenerlo.”

Jesús está vivo y suelto. Puede creer eso con confianza. La evidencia es abrumadora.

Arrodillése ante Jesús

Cuarto, Jesús fue exaltado a la diestra de Dios. Dios le hizo Señor y Cristo (v. 36). La palabra griega que se traduce “Señor” quiere decir “Amo, Patrón, autoridad suprema.” La palabra “Cristo” quiere decir “Mesías.” Estos eventos declaran que Jesús es a la vez Amo y Mesías.

La confesión “Jesús es Señor” es la confesión inicial del creyente. La Biblia dice: “si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación” (Rom. 10: 9-10).

Es también lo que toda la creación a la larga confesará. De nuevo la Biblia declara: “para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese

que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil. 2:10-11).

En la reciente campaña presidencial, en el 2004, la religión se introdujo como nunca antes. Un candidato presidencial dijo que admiraba a Jesús debido a su ejemplo. Otro dijo que Jesús era su filósofo favorito. Pero Jesús es más que ejemplo y más que filósofo. No está simplemente para que se le admire, se le respete o se lo estudie. Hay que adorarlo, obedecerlo y seguirlo. Es a la vez Señor y Salvador.

Jim Denison dice que una vez recibió una tarjeta de navidad que mostraba varios conquistadores de toda la historia humana en la portada: Gengis Kan, Iván el terrible, Julio César, Napoleón, Hitler, Stalin y otros. La leyenda decía: “La historia está llena de hombres que querían ser dioses.” Entonces la tarjeta se abrió y mostraba un cuadro de María sosteniendo al nene Jesús, y la leyenda decía: “Pero sólo un Dios se hizo hombre.”

Jesús fue hombre lo suficiente como para pedirle a la mujer junto al pozo un poco de agua, pero divino lo suficiente como para ofrecerle a ella agua viva. Fue humano lo suficiente como para asistir a las bodas en Caná de Galilea, pero divino lo suficiente para convertir el agua en vino. Fue hombre lo suficiente como para quedarse dormido en un barco, pero divino lo suficiente como para calmar las aguas cuando lo despertaron. Fue humano lo suficiente para llorar y orar por Lázaro, pero divino lo suficiente para revivificar a Lázaro de los muertos. Fue humano lo suficiente para clamar en la cruz: “Tengo sed” pero divino lo suficiente para decirle al ladrón: “Hoy estarás conmigo en el paraíso.” Fue humano lo suficiente como para morir, pero divino lo suficiente como para ser resucitado de los muertos al tercer día. Era, y es, el Hijo de Dios, Amo y Mesías, y debemos arrodillarnos ante él.

Cuando el general Sherman capturó Richmond, Abraham Lincoln llegó y recorrió las calles a caballo. Mientras cabalgaba los esclavos se arrodillaban y se postraban ante

él. Lincoln se abochornó y les dijo: “No se arrodillen ante mí. Arrodíllense sólo ante Dios. Él es el que les dio la libertad.” Jesús es nuestro Salvador. Es el único ante quien nos postramos.

¿Coronarle o Crucificarle?

Finalmente, se puede experimentar a Jesús sólo por el Espíritu de Dios (vv. 37-39). Los que oyeron el sermón de Pedro se sintieron conmovidos profundamente. El Espíritu de Dios los convenció, y preguntaron: “¿qué haremos?” Sabían que si esto era verdad, ellos tenían que responder. Lo mismo nosotros.

A principios de su carrera política Lincoln se postuló para el Congreso. Según William McKenzie, columnista editorial, Lincoln estaba sentado en su iglesia un domingo cuando el ministro le preguntó a su congregación quién entre ellos iba a ir al cielo. El futuro presidente se quedó sentado en silencio. Cuando el ministro preguntó quién iba al infierno, Lincoln continuó sin moverse. Finalmente, el ministro le preguntó directamente al Sr. Lincoln a dónde iba, y Lincoln respondió: “Al Congreso” (McKenzie, *Dallas Morning News*, 12 enero, 2004).

No podemos quedarnos sentados para siempre. Tarde o temprano tenemos que adoptar una posición. No hay una tercera alternativa. ¿Cual tomará usted: crucificar a Cristo o deificarle?

Pedro le dijo a sus oyentes, y nos dice a nosotros, lo que hay que hacer. Arrepentirse y bautizarse. La palabra “arrepentirse” quiere decir “dar media vuelta.” Quiere decir cambiar de parecer y cambiar la vida. No pienso que se refería a algún pecado moral, tal como la borrachera, el adulterio o el robo. Una persona puede dejar todas esas cosas y con todo no estar bien con Dios. Pienso que Pedro se refería al más grande de todos los pecados: el rechazo de Cristo. Estaba diciendo, en esencia: “Ustedes deben cambiar de parecer en cuanto a Jesús. Allí en donde hace

pocas semanas ustedes gritaban: '¡crucifícale!' ahora deben postrarse ante él como Señor."

Después debemos bautizarnos como una señal externa de una consagración interna. Es como el anillo de bodas que el casado lleva en su dedo. El anillo no casa a la persona. Si se lo quita, la pareja sigue casada. Si se lo pone a un niño eso no hace que niño quede casado. Es, más bien, una señal de externa de una consagración interna que lo casa a uno. El bautismo es para nuestra vida cristiana lo que el anillo de bodas es para la vida de casados: una señal externa de una dedicación interna.

Cuando nos arrepentimos y obedecemos tienen lugar dos cosas maravillosas. Primero, nuestros pecados son perdonados. Mark Twain dijo: "Todo hombre es una luna, y tiene un lado oscuro que nunca le muestra a nadie." El perdón cubre también nuestro lado negro. Segundo, Jesús mismo viene a vivir en nosotros por el Espíritu Santo. Luego uno experimenta a Cristo por uno mismo. Si nos arrepentimos y acudimos a Cristo, él vendrá a nosotros (Hch. 3:19). Jesús prometió: "No los dejaré huérfanos; vendré a ustedes. . . . Yo estaré con ustedes y en ustedes" (Jn. 14:16-21).

Jesús no es simplemente un tema para estudiar; es una persona con quien tener una experiencia personal. ¿Cómo podemos saber que él vive? Él vive en nuestro corazón. Esa es una promesa para nosotros y por toda la eternidad.

La pregunta: "¿Qué haremos?" es la misma que Pilato hizo durante el juicio de Jesús. Dijo: "¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo?" (Mt. 27:22). En ese entonces se lo preguntó a la multitud. Ahora son las multitudes las que lo preguntan. Las cosas ciertamente han cambiado. Las opciones son las mismas: recibirlo o rechazarlo; coronarlo o crucificarlo. ¿Qué va a hacer usted?

2

Aprendizaje:

Manténganse Avanzando

Texto: Hechos 2:41-42

Abraham Lincoln y su familia, aunque no eran miembros allí, asistían fielmente a la New York Avenue Presbyterian Church de Washington D.C. mientras él era presidente. En lo más intenso de la Guerra Civil, el pastor anunció que el ministro de guerra Stanton había presentado la requisición del edificio para atender a los soldados heridos, y que los cultos se suspenderían. Lincoln se puso de pie y dijo: "Dr. Gurley, necesitamos demasiado esta iglesia en estos días. No podemos permitir que se la cierre. Yo dicto la contraorden."

Si alguna vez hubo un día cuando necesitamos la iglesia, es hoy; pero necesitamos a la iglesia viva y saludable. Necesitamos que la iglesia sea la iglesia.

Hay diferentes clases de iglesias. Hay iglesias mausoleos; un mausoleo es un lugar de descanso para los muertos. Hay iglesias museo; un museo es donde se preserva el pasado. Hay iglesias coliseo; un coliseo es un centro de diversión para los espectadores. Lo que necesitamos hoy no son iglesias mausoleo, ni iglesias museo, ni iglesias coliseo; sino iglesias llenas del Espíritu.

En Hechos 2:41-42 la Biblia nos da un vistazo de una iglesia llena del Espíritu. Como ya mencioné previamente, las características de una iglesia llena del Espíritu presentadas en este pasaje son como siguen: Una iglesia que cree, una iglesia que aprende, una iglesia que tiene comunión,

una iglesia que adora, y una iglesia que testifica.

Primero, y sobre todo, es una iglesia que cree. ¿Qué es lo que creen? En una palabra: Jesús. Creen en el Jesús de la profecía, el Jesús de la historia y el Jesús de la experiencia.

La segunda característica de una iglesia llena del Espíritu es muy sorprendente. Es una iglesia que aprende, una iglesia que estudia. La Biblia dice: "Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles." La palabra "perseveraban" es traducción de una palabra griega que quiere decir "permanecer continuamente," "continuar." La Biblia dice que ellos perseveraban continuamente, permanecían continuamente, aprendiendo y poniendo en práctica las palabras de los apóstoles.

Después de Pentecostés el Espíritu Santo abrió una escuela en Jerusalén y matriculó a tres mil nuevos creyentes en el jardín de infantes, con los apóstoles como la facultad. Los creyentes no dijeron que el Espíritu Santo era el único maestro que necesitaban. Necesitaban lo que los apóstoles tenían para decir.

Los apóstoles eran los que habían acompañado a Jesús desde el bautismo de Juan. Su tarea era ir por todo el mundo y hacer discípulos, y eso fue lo que hicieron (Mt. 28:19-20).

El oficio de apóstol se acabó con la muerte de los doce, pero sus enseñanzas quedaron. Nos han venido en forma definitiva en el Nuevo Testamento.

Esa iglesia ejerció un tremendo impacto. Cambió las vidas de los individuos y revolucionó la sociedad. Si queremos lo que ellos tuvieron, tenemos que hacer lo que ellos hicieron. Debemos perseverar continuamente en la doctrina de los apóstoles. Pero, ¿cómo lo hacemos? ¿Cómo nos dedicamos continuamente hoy a la doctrina de los apóstoles? Sometiéndonos humildemente a las enseñanzas de la Biblia. La característica de una iglesia llena del Espíritu es que sigue aprendiendo y poniendo en práctica las enseñanzas

de la Biblia. No es hacer la ola religiosa, ni contratar a un equipo de alabanza, ni seguir todos los rigores religiosos. Es el estudio bíblico profundo y serio. Si queremos ser una iglesia llena del Espíritu, debemos volver a la Biblia. Debemos predicarla desde el púlpito, enseñarla en los salones de clases, crearla en la banca, y vivirla en las calles.

Nuestras creencias y valores vienen de la cultura o de la Biblia. A menos que prediquemos y enseñemos la Biblia en la iglesia, a menos que la estudiemos por cuenta propia, nuestras creencias y valores los formarán más nuestra cultura que Cristo.

Hace unos años Jack Whittaker, contratista de Virginia Occidental, ganó el premio gordo más elevado en la historia de la lotería de los Estados Unidos: 314.9 millones de dólares. Cuando ganó, anunció que iba a dar el 10% de sus ganancias a la iglesia. La próxima vez que se leyó algo de Jack Whittaker, había sido drogado por el dueño de un cabaret de desnudos que frecuenta, y le habían robado \$500,000 dólares (*Dallas Morning News*, 25 de dic., 2003). ¿Cómo armoniza eso de dar el diezmo a la iglesia y frecuentar un cabaret de desnudos? No al estudiar la Biblia.

Una señora le escribió a la columnista Ann Landers diciéndole que era cristiana devota, prominente en su iglesia y con una reputación impecable, pero debido a que era desdichada en su matrimonio se había enredado en amoríos como hombre casado. ¿Cómo armoniza eso de ser una cristiana devota y vivir en adulterio? No al estudiar la Biblia.

Tres de los principales políticos candidatos en la campaña de 2004 endosaban la ley estatal que legalizaba los matrimonios entre individuos del mismo sexo. Alguien los llamó "cristianos católicos de cafetería." Como la gente en una cafetería, seleccionan y escogen lo que se les antoja y dejan el resto. También hay muchos Bautistas de cafetería, pero eso realmente no es una opción. O bien la Biblia es de suprema importancia, o no tiene ninguna importancia.

Parece que la opción es bien sea volver a la Biblia, o volver a la selva. La marca de una iglesia llena del Espíritu es la humilde sumisión a la enseñanza de los apóstoles; pero ¿cómo podemos hacer eso en la práctica? Hay por lo menos tres maneras:

- Debemos guardarla en nuestro corazón.
- Debemos mostrarla en nuestras vidas.
- Debemos sembrarla en el mundo.

¿Qué Haría Jesús?

Primero, debemos guardarla en nuestro corazón. El salmista dijo: “En mi corazón he guardado tus dichos, Para no pecar contra ti” (Sal. 119:11). Eso fue lo que Jesús hizo. Después de su bautismo fue guiado al desierto para ser tentado. Después de ayunar por cuarenta días, Satanás se le apareció y trató de convencerlo de que convierta las piedras en pan, que se arroje del pináculo del templo, o que lo adore.

A cada tentación Jesús respondió: “Escrito está . . .” y luego citó un pasaje del Antiguo Testamento que le guiaba en lo que hacía. Tenía las respuestas que necesitaba porque como muchacho en la escuela de la sinagoga de Nazaret había guardado en su corazón la palabra de Dios.

Los brazaletes con las iniciales “QHJ” son muy populares estos días. Las iniciales quieren decir “¿Qué Haría Jesús?” Pero no podemos hacer lo que haría Jesús a menos que sepamos lo que Jesús hizo. Esto hace imperativo el estudio de las Escrituras Sagradas.

Los bereanos son ejemplo para nosotros. Lucas dijo de ellos: “Y éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así” (Hch. 17:11).

La palabra “noble” literalmente significa “liberal,” es decir, de mente abierta, abierto a nueva verdad. Es bueno tener una mente abierta, siempre y cuando no la tengamos

tan abierta como para que se nos salga el cerebro. El único propósito de tener la mente abierta es para a la larga encerrar en ella la verdad.

La Biblia era la autoridad final escrita de la iglesia para la verdad espiritual, y también debe serlo para nosotros. Para ese fin, los bereanos “escudriñaban cada día las Escrituras.” La palabra “escudriñar” se usa en el sentido judicial, es decir, examinaban, investigaban, y estudiaban las Escrituras para ver si lo que Pablo decía era verdad. Eso es lo que nosotros necesitamos hacer.

Los predicadores necesitan proclamar la Biblia desde el púlpito. Esa es la manera de edificar la iglesia. También es la manera de cumplir nuestro llamamiento. Jesús dijo: “Alimenten mis corderos” (Jn. 21:16). Debemos alimentar a las ovejas, y no arrearlas. A las ovejas les gusta que se les dé de comer. Nunca se resisten. Cuando se le da de comer repetidamente, siguen la dirección del pastor. Si los pastores no predicán ni enseñan las Escrituras, la iglesia pronto reflejará al mundo.

No basta oír al predicador predicar la Biblia. Debemos estudiarla por cuenta propia. Debemos escudriñar diariamente las Escrituras. El mundo del entretenimiento: películas, televisión y música, es un vasto desierto. La trama parece que siempre gira alrededor del baño o del dormitorio, y el lenguaje es grosero, vulgar y ofensivo. Si yo hubiera dicho las cosas que oímos en televisión todas las noches, mi madre me habría lavado la boca con jabón y mi padre me habría dado una soberana paliza.

Si pasamos más tiempo viendo televisión o leyendo el periódico que estudiando la Biblia, entonces nuestros puntos de vista y valores los determinarán los medios de comunicación y no el Maestro.

Adoniram y Ann Judson fueron los primeros misioneros Bautistas de los Estados Unidos. En 1812 se embarcaron para la India bajo los auspicios de la Iglesia Congregacional. Sabían que al llegar a la India se las verían con el misionero

Bautista inglés Guillermo Carey, y tendrían que defender la noción congregacional del bautismo por rociamiento. Así que mientras navegaban empezaron a estudiar la Biblia en el idioma original. Adoniram Judson llegó a la conclusión de que los Bautistas tenían razón. Su esposa también sabía griego muy bien, y también examinó las Escrituras, y con el tiempo llegó a la misma conclusión. Cuando desembarcaron en India buscaron a Guillermo Carey, y le pidieron que los bautice por inmersión.

Así renunciaron a su afiliación con la Iglesia Congregacional, y Lutero Rice, que había navegado en otro barco y había llegado a las mismas conclusiones, regresó a los Estados Unidos para organizar a los Bautistas para el sostenimiento de sus primeros misioneros.

En su diario, Ann Judson escribió: "Oh, que el Espíritu de Dios ilumine y dirija mi mente; que me evite mantener un error anterior, o abrazar uno nuevo."

Eso es lo que hará la predicación de la Biblia y el estudio personal de ella; le evitará mantener un viejo terror o abrazar uno nuevo.

Sean Hacedores de la Palabra

Segundo, muéstrela en su vida. Santiago escribió: "Sean hacedores de la palabra y no solamente oidores que se engañan a sí mismos" (Stg. 1:22, NBLH).

Otro apóstol, Pablo, dijo: "Lo que también han aprendido y recibido y oído y visto en mí, esto practiquen" (Fil. 4:9, NBLH). Debemos aprender, pero también debemos poner en práctica las Escrituras. Jesús dijo: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen" (Jn. 10:27).

Jim Pleitz fue pastor de la First Baptist Church, Pensacola, Florida, y cuenta de la ocasión cuando un niño negro quiso unirse a su iglesia. Sabía que habría dificultades, así que habló con algunos hombres clave de la iglesia para explicar la situación, y conseguir su respaldo antes de que el joven se presentara. Uno de ellos le dijo: "Pastor: sabemos

que usted tiene razón, pero no queremos hacer lo debido a menos que nos veamos obligados a hacerlo." Pues bien, para ser fieles a las enseñanzas de Jesús y las apóstoles, tenemos que hacer lo que es debido.

Barry Camp cuenta de un hombre que se detuvo detrás del auto de una señora en un semáforo en rojo. Ella estaba hablando por su celular y no notó que la luz cambió, así que se quedó sentada hasta que la luz volvió a cambiar a rojo. El hombre, que ya estaba tarde para un compromiso, hizo sonar su bocina prolongadamente, mientras gritaba a voz en cuello, golpeaba las manos contra el volante y contra el tablero. Un agente de policía que se había detenido detrás de él, se apeó de su auto, se dirigió al coche del hombre, le dio golpecitos en la ventana y le dijo que se apeara. El hombre dijo: "¿Qué le pasa? No puede arrestarme por agitar los brazos o gritar en mi propio auto." El policía le dijo: "Usted simplemente piensa que no puedo." Esposó al hombre, lo llevó a la estación de policía e hizo que lo pusieran en una celda. Pocas horas más tarde lo dejó en libertad. El hombre dijo: "Le dije que no podía arrestarme. ¿De qué se me acusa?"

El policía dijo: "Vi una cruz colgando de su espejo retrovisor. Vi un aplique de un pescado en su maletero. Leí una etiqueta en su guardachoques que decía: 'Haga sonar su bocina si ama a Jesús.' Así que concluí que usted se había robado el auto."

Leí de un patrullero que hizo que un auto se detuviera. El conductor se dio cuenta de que no tenía abrochado su cinturón de seguridad, así que rápidamente tiró de la hebilla y la insertó en su lugar. Cuando el policía se acercó a la ventana, le preguntó: "¿Conduce usted siempre con su cinturón de seguridad abrochado a través del volante?"

Paul Chance me contó de la ocasión cuando la ciudad de Jacksonville, Texas, planeaba realizar los fuegos pirotécnicos del Cuatro de Julio en el Tomato Bowl, el estadio de la ciudad. El hombre que estaba a cargo no tenía experiencia

en fuegos pirotécnicos, pero decidió que sabía lo suficiente en cuanto a ingeniería para hacerlo por sí mismo y ahorrar dinero. Cuando intentó encender los fuegos artificiales, le salió el tiro por la culata, le ennegreció la cara, incineró sus pestañas y pelo, y lo lanzó como dos metros hacia atrás.

Unos pocos días más tarde, andando por la calle, una señora lo detuvo y le preguntó: “¿No es usted el mismo hombre que disparó los fuegos artificiales el 4 de julio?” El hombre le respondió: “No, señora. No soy el mismo hombre ni jamás volveré a serlo.”

Estudie la Biblia, persevere en la doctrina de los apóstoles, y nunca volverá a ser el mismo.

Busque su Propio Camino

Tercero, debemos sembrarla en el mundo. Jesús nos ordenó esto cuando dijo: “Vayan, pues, y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que les he mandado; y ¡recuerden (he aquí)! Yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt. 28:19-20).

La palabra “naciones” literalmente quiere decir toda etnia, toda cultura, toda clase de personas. Esa es nuestra misión, y debemos aprender a hacerla de una manera u otra.

Usted tiene que hallar su propia manera, pero puede hallarla. Milton Cunningham cuenta de una experiencia que ilustra muy apropiadamente cómo hallar una manera para sembrar la palabra de Dios. Poco después de Navidad estaba frente al mostrador esperando que el farmacéutico prepare la receta, cuando una anciana que estaba detrás de él en la fila le preguntó: “¿Tuvo una buena Navidad?”

Él respondió: “Sí, señora. Espero que usted también la tuvo.”

Ella dijo: “¿Le gusta leer?”

Milton dijo: “Sí, señora. Me encanta.”

Ella volvió a preguntar: “¿Le gustaría leer algo sobre John Wayne?”

“Por supuesto. Me encantaría”

La señora le dio un tratado sobre la conversión de John Wayne. Esto es lo que el tratado decía:

Cindy, hija adolescente de Robert Schuller, sufrió un accidente de motocicleta y tuvieron que amputarle una pierna. John Wayne era muy aficionado a oír a Robert Schuller. Oyó al Dr. Schuller relatar esto en uno de sus programas, así que le escribió una nota a la joven diciéndole que lamentaba oír de su accidente y que esperaba que ella logre salir adelante.

Le entregaron la nota a la muchacha, y ella decidió contestarle. Le escribió: “Estimado Sr. Wayne: Recibí su nota. Gracias por escribirme. Me gustó mucho. Voy a estar bien porque Jesús va a ayudarme. Sr. Wayne: ¿conoce usted a Jesús? Sinceramente espero que conozca a Jesús, porque no puedo imaginarme el cielo completo sin que John Wayne esté allí. Espero que si no conoce a Jesús, le entregue su corazón a Jesús ahora mismo. Lo veré en el cielo”; y luego firmó.

Puso la carta en un sobre, lo selló, y escribió encima: “John Wayne.” Entonces llegó un visitante, y le preguntó qué estaba haciendo. Ella le dijo: “Acabo de escribirle una carta a John Wayne, pero no sé cómo hacérsela llegar.” El visitante dijo: “Eso es muy interesante. Voy a cenar con John Wayne esta noche en el club de Newport Beach. Dámela y yo se la llevaré.” Ella le dio la carta, y él se la puso en el bolsillo de su chaqueta.

Había 12 presentes esa noche a la mesa de la cena. Estaban riéndose y bromeando cuando el hombre por casualidad puso la mano en su bolsillo, sintió la carta y recordó. John Wayne estaba sentado al extremo de la mesa, y el hombre sacó la carta y dijo: “Duke: fui a visitar a la hija de Schuller esta tarde, y ella te escribió una carta y me

pidió que te la dé. Aquí la tienes.”

Se la pasaron a John Wayne, y él la abrió y la leyó. Los demás siguieron riéndose y haciendo bromas hasta que alguien por casualidad miró a John Wayne. Él tenía lágrimas en sus ojos. Uno le preguntó: “Duke: ¿qué te pasa?”

Él respondió: “Quiero leerles esta carta.” La leyó, luego la dobló, la puso en su bolsillo y dirigiéndose al hombre se la había traído le dijo: “Dile a Cindy que en este momento, en este restaurante, John Wayne le da su corazón a Jesucristo y que la veré en el cielo.”

Tres semanas más tarde, John Wayne murió.

Milton leyó rápidamente sobre la conversión de John Wayne, y luego la señora le dijo: “¿Le gustaría leer mi historia?”

Él respondió: “Por supuesto.” Ella le entregó otro tratado. Para entonces el farmacéutico ya había preparado la receta y se la entregó, y él se dio vuelta para alejarse. Mientras se alejaba, oyó que la mujer le preguntaba al farmacéutico: “¿Le gusta leer?”

En el noroeste, hace varios años, un predicador me enseñó una manera de testificar. Cuando uno está en un restaurante y una mesera o mesero viene para recibir su orden, pregúntele su nombre y averigüe algo sobre su persona. Después, cuando le traen su orden, extiende la mano, toque a la persona y diga: “María, Guillermo, o cualquiera que sea su nombre, vamos a tener una breve oración. ¿hay algo en su vida por lo que le gustaría que oremos?”

Lo he hecho por años, y he recibido toda clase de respuestas; todas ellas buenas. Simplemente recuerde, que si hace eso, deje una buena propina. Necesitamos ser amables con todos, porque todos atraviesan dificultades. La gente necesita nuestra compasión y nuestras oraciones

Hay muchas maneras de testificar. Busque la que se ajusta a su personalidad y estilo de vida, y hágala. Debemos sembrar en el mundo la palabra de Dios.

Jesús es la pieza central de la doctrina de los apóstoles.

Si la sigue hasta su fin, a la larga lo llevará a él. Jesús dijo: “Ustedes examinan las Escrituras porque piensan tener en ellas la vida eterna. ¡Y son ellas las que dan testimonio de Mí! Pero ustedes no quieren venir a Mí para que tengan *esa vida*” (Jn. 5:39-40, NBLH).

Gordon MacDonald dijo: “Mientras más viejo me vuelvo, más me doy cuenta de que la misión de mi alma es llevar a las personas a Jesús, y dejarlas allí.” Esto es lo que hace la doctrina de los apóstoles, y esa es la obra de una iglesia llena del Espíritu: Llevarlo a usted a Jesús, y dejarlo allí.

3

Comunión:

Por Amor a la Obra
Hechos 2:41-42

Muchos consideran al mayor W.E. Penn el más grande evangelista Bautista de Texas. Nació en Tennessee, se convirtió a los 15 años, y a los 21 años recibió su licencia para ejercer la abogacía. Se unió al ejército confederado para luchar en la guerra civil, y ascendió al rango de mayor. Destrozado por la guerra, y especialmente por dos años que pasó en un campamento de prisioneros, se mudó al este de Texas y se estableció en Jefferson en donde abrió su consultorio de leyes.

Llegó a ser un laico activo e interesado, sirviendo a la iglesia como superintendente de la Escuela Dominical. Pronto se destacó por sus capacidades superiores, y se le invitó para predicar en varias reuniones denominacionales sobre la obra del Escuela Dominical. En 1875, en una de tales reuniones en Tayler, el pastor J. H. Stribling, que fue el primer estudiante ministerial que se graduó de la Universidad Baylor, le pidió que se quede después de la reunión y que predique en su iglesia. La asistencia aumentaba cada noche, y surgió un despertamiento. Renuentemente consintió en celebrar la reunión, que duró cinco semanas. Veintenas de personas fueron salvadas, y la iglesia sintió una revolución, y se revitalizó de manera maravillosa. Noticias del despertamientos se regaron, y pronto le llegaron invitaciones de todo el estado. El mayor decidió cerrar su consultorio y

dedicarse permanentemente a la obra de evangelización. Fue el primer hombre en Texas que hizo esto. Los primeros cuatro años celebró campañas en reuniones al aire libre. Después compró una carpa, y llevaba consigo a su propio cantante, y por los siguientes veinte años hasta su muerte, predicó en cientos de campañas y miles (como 13 ó 14 mil) personas llegaron a conocer al Salvador mediante su predicación (Leon McBeth, *The First Baptist Church of Dallas*, 52-54).

Habían tres condiciones que se debían reunir antes de que el mayor Penn fuera a una iglesia para celebrar una campaña:

- Si la iglesia tenía deudas, tenía que pagarla por completo.
- Si alguien gritaba en los cultos, un “comité de gritos” debía investigarlo, para asegurarse de que estaba viviendo la vida cristiana. No querían que nadie grite en un culto que no estuviera viviendo la vida cristiana.
- Si había conflictos en la iglesia, tenían que resolverlos primero.

¿Por qué esta preocupación por los conflictos en la iglesia? Porque el Espíritu Santo no puede obrar efectivamente en medio del conflicto. Cuando una congregación está en guerra civil, eso sofoca la obra del Espíritu Santo. Mientras no se resuelva el conflicto, el avivamiento no llegará; pero cuando viene el Espíritu Santo, las diferencias se resuelven y se restaura la unidad.

Lo que necesitamos hoy son más iglesias llenas del Espíritu. La comunión es una de las marcas de una iglesia llena del Espíritu. Hechos 2:41-47 presenta cinco marcas de una iglesia llena del Espíritu: creer, estudiar, tener comunión, adorar y testificar.

Como ya se notó, la primera característica de una iglesia llena del Espíritu es creer. “Así que, los que recibieron su

palabra fueron bautizados.” La palabra “recibieron” quiere decir dar la bienvenida a una persona o creer en una verdad. ¿Qué es lo que creyeron? En una palabra: Jesús. Creyeron en el Jesús de la profecía, de la historia y de la experiencia.

La segunda característica de una iglesia llena del Espíritu es el aprendizaje. “Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles.” Seguían avanzando, aprendiendo, y poniendo en práctica lo que los apóstoles predicaban y enseñaban.

La tercera característica de una iglesia llena del Espíritu que es la comunión.

La palabra griega que se traduce “comunión” es *koinonia*. Quiere decir hermanamiento, tener algo en común. Cuando el Espíritu Santo vino en el día de Pentecostés, formó y llenó a la iglesia, y ella llegó a ser una comunidad de personas que compartían una vida común. Tenían una creencia común en Jesús. Tenían una dedicación común a llevar el evangelio hasta lo último de la tierra; y tenían un amor común unos por otros. El Espíritu Santo creó, de una gran variedad de personas que venían de todas partes del imperio romano, un compañerismo cariñoso y que compartía.

Esa iglesia ejerció un tremendo impacto en su mundo. Cambió las vidas de los individuos, y revolucionó a la sociedad moral, social y espiritualmente. Los críticos decían de ellos: “Estos que han trastornado el mundo han venido también acá.”

Si queremos tener lo que ellos tenían, tendremos que hacer lo que ellos hicieron. Tenemos que volver a poner el reflector en Jesús; no en el pastor, ni en el coro, ni en el programa, sino en Jesús. Tenemos que dedicarnos a estudiar las Escrituras. Tenemos que predicarlas desde el púlpito, enseñarlas en los salones de clase, crearlas en las bancas, y vivirlas en las calles. Y vamos a tener que trabajar para edificar y mantener nuestra comunión.

El Espíritu Santo es el gran unificador. Él reunió a las

personas en el día de Pentecostés, y continúa haciéndolo hoy. Él crea el compañerismo en la iglesia. Él formó la comunión. Nosotros podemos fracturarla. Él la hizo, pero nosotros podemos romperla.

¿Cuáles son las características de una comunión llena del Espíritu? No es hacer la ola santa, ni tener rigor religioso, ni bailar la danza de San Vito en los pasillos. Se caracteriza por tres cosas:

- Es una comunión de amor.
- Es una comunión que comparte.
- Es una comunión que soporta.

Si se Escarba lo Suficiente

Primero, debemos cultivar una comunión de amor. Gordon McDonald cuenta que tenía en Nueva York un amigo con el que se reunía regularmente para orar. El médico dijo que se iba a su trabajo todos los días con grandes aspiraciones de que sería un día maravilloso, pero que para el fin del día se hallaba simplemente tratando de sobrevivir. Luego dijo: “Nueva York puede ser un lugar que incapacita.”

La ciudad en que usted y yo vivimos también puede ser un lugar que incapacita. Por todas partes hay muerte, enfermedad, desastre, divorcio, deformidad, depresión y desaliento. Hay soledad, pobreza, crimen, maltrato y pornografía. La vida en todas partes puede incapacitar.

El finado Browning Ware decía: “Si escarbas lo suficiente, hallarás gran dolor.” La iglesia está aquí para rascar donde pica, y hacer lo que pueda para ayudar a la gente en su dolor.

Teníamos en el Seminario Teológico Truett un estudiante que venía de Sierra Leona, nación que ha estado librando una guerra civil por diez años. Los rebeldes, con el respaldo de Liberia, se tomaron la ciudad capital de Freetown en 1997. Mataron a más de un millón de personas

antes de que las Naciones Unidas intervinieran con fuerzas para mantener la paz, que todavía están allí. Violaron a las mujeres, mataron a la gente con machetes, encerraron a familias en sus casas y las incendiaron, abrieron los vientres de las mujeres embarazadas apostando si era niño o niña, y al que protestaba le cortaban la lengua.

El seminarista dijo que vivían de cosas que uno ni pudiera imaginar: salamandras y raíces. Pescaban de noche, porque si pescaban durante el día, los rebeldes les quitaban lo que pescaban.

Dijo: “En esos días, las iglesias eran nuestra única esperanza. Podíamos y allá y recibir aliento y fuerza para seguir adelante a pesar de nuestras dificultades.”

Algo similar era el mundo del primer siglo en el que vivían los cristianos. Fueron amenazados, azotados, encarcelados, e incluso se los mató por su fe, pero en medio de todo hallaron fuerza y estímulo en su comunión. En realidad se amaban unos a otros. Oraban unos por otros. Proveyeron ayuda benevolente para las viudas, visitaron a los enfermos, lloraban con los que lloran, enterraban a sus muertos, arriesgaban sus vidas unos por otros. Ayudaron al apóstol Pablo a escapar por los muros de Damasco. Más tarde enviaron miembros de la iglesia para ministrarle y llevarle una ofrenda cuando estaba encarcelado en Roma. Hicieron todo lo que pudieron para ayudarse unos a otros. Eso es lo que la iglesia era y debe hacer hoy.

Tenemos Muchas Cosas

Segundo, necesitamos cultivar una comunión que comparta. Los primeros creyentes no solamente que se amaban unos a otros, sino que compartían unos con otros. Donde no hay generosidad no hay comunión.

Lucas habla de esta generosidad en Hechos 2:44-45: “Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus

bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno.”

¿Cuál es la aplicación de esta enseñanza? ¿Debe todo creyente lleno del Espíritu seguir este ejemplo literalmente? John R. Stott, en un artículo en *Christianity Today*, nos recuerda que Jesús no llamó a sus discípulos a la pobreza total. Cristo y los discípulos en efecto tenían ciertas propiedades. En la iglesia inicial de Jerusalén, el vender y ofrendar era voluntario.

El pecado de Ananías y Safira (Hch. 5:1) no fue guardarse una parte del precio de venta de la propiedad, si no guardarse una parte y pretender darlo todo. Su pecado fue el engaño y la hipocresía, no la codicia. Pedro les dijo: “Mientras estaba *sin venderse*, ¿no te pertenecía?” (Hch. 5:4), lo que es una parte muy importante de la predicación apostólica. En otras palabras, su propiedad es suya; usted es mayordomo de ella. Depende de usted decidir de una manera conciente ante Dios lo que va a hacer con su propiedad y posesiones; cuánto va a guardarse y cuánto va a dar.

Aunque vender y dar era voluntario, no debemos tratar de escaparnos tan fácilmente del reto. Nosotros que vivimos en la afluencia de los Estados Unidos tendemos a pasar de largo muy rápido por este pasaje. La comunidad de la iglesia es una comunidad en el mundo en que se debería abolir la pobreza. Los cristianos iniciales en realidad se preocupaban por los pobres, compartiendo de su abundancia, de su afluencia, según la necesidad.

“En efecto pienso que Jesús todavía llama a algunos de sus seguidores a una pobreza total,” dice Stott. La “Santa de las Alcantarillas” es el sobrenombre que se le aplicó a una monja de Albania que dedicó su vida a servir a los más pobres de los pobres en Calcuta, India. Leí que todo lo que poseía en propiedad eran tres hábitos. Dormía en un colchón delgado y se sentaba en el piso. Cuando una familia le ofreció más muebles, respondió: “Mientras me-

nos posesiones tenga, mejor. No debo tener nada que me distraiga de los pobres.”

Dicen que en 1965 el papa le regaló el Lincoln Continental que usó cuando visitó la India. Ella lo rifó y usó el dinero para ayudar en la construcción de un hospital para leprosos.

Cuando le concedieron el Premio Nóbel de la Paz en 1977 le pidió al Comité del Premio Nóbel que dejara a un lado el tradicional banquete para los ganadores y usara el dinero para darles un banquete de navidad a los pobres.

La realidad es que la vida de una persona no consiste en la abundancia de posesiones materiales que tenemos.

El estudiante de primer año promedio de la Universidad de Miami tiene dieciocho artefactos en su dormitorio, según una encuesta realizada por la Universidad, y supongo que será típico de la mayoría de universidades. Tiene un televisor, estéreo, tocadiscos, juegos de video, computador, computador portátil, impresor, escáner, refrigerador, microondas y dos ventiladores. También tienen cargadores para los teléfonos celulares, computador de mano, cámara, rasuradora eléctrica, y cepillo de dientes eléctrico. Sus dormitorios parecen un almacén de electrodomésticos (*Tyler Morning Telegraph*, 21 de nov., 2003).

Llegan al plantel en sus autos, y la camioneta de su papá viene llena mientras arrastra un remolque de mudanzas. Las universidades se ven obligadas a gastar millones de dólares para cambiar el alambrado de los dormitorios, a fin de que tenga suficiente capacidad eléctrica.

¡Tenemos montones de cosas! Y todas estas cosas tienden a distraernos de nuestro deber de compartir.

Tenemos que volver a examinar con todo cuidado nuestros presupuestos. ¿Cuánto damos de las cosas que compramos, y cuánto de nuestros recursos? No sólo que los individuos necesitan estudiar sus presupuestos, sino también las iglesias. La mayoría de iglesias lo gastan todo

en sí mismas. No están alcanzando a los pobres y necesitados de sus comunidades. No están compartiendo como Jesús lo hizo.

Oí a Robert Davis, pastor de la Pleasant Green Baptist Church de Longview, Texas, preguntar: "¿Cuánta bendición puede usted aguantar antes de darle la espalda a Dios?" Luego citó Deuteronomio 6:10-12: "Cuando Jehová tu Dios te haya introducido en la tierra que juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob que te daría, en ciudades grandes y buenas que tú no edificaste, y casas llenas de todo bien, que tú no llenaste, y cisternas cavadas que tú no cavaste, viñas y olivares que no plantaste, y luego que comas y te sacies, cuídate de no olvidarte de Jehová, que te sacó de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre."

Vuelvo al punto en que empecé: donde no hay generosidad, no hay comunión. Con millones de desvalidos, miles que se mueren de hambre diariamente, ¿cómo podemos cerrar nuestros corazones y mentes a eso? ¿Cómo podemos gastar tanto en cosas en lugar de ser buenos mayordomos?

Los primeros cristianos en realidad se preocupaban por los pobres, y nosotros también debemos preocuparnos por ellos.

Puercoespines en una Noche Fría

Tercero, necesitamos cultivar una comunión que soporta. Tres veces en la Biblia se nos dice que nos soportemos unos a otros en amor: (Ef. 4:26-31; Col. 3:13). La palabra "soportar" quiere decir "aguantar," "resistir bastante," "tolerar ampliamente."

Habrá conflictos en la iglesia. Siempre los ha habido y siempre los habrá. La única solución es que nos soportemos unos a otros, que nos aguantemos bastante unos y otros, y que nos perdonemos unos a otros.

Somos como puercoespines en una noche fría; nos

necesitamos unos a otros, aunque nos espinemos unos a otros.

El poeta lo dijo muy bien:

“Morar allá arriba con los que amamos; eso será
la gloria.

Pero vivir aquí abajo con los que conocemos; eso
ya es otra historia.”

La paciencia es una de las características de Dios mismo (Rom. 2:4; 3:24). Piense en cuanto Dios nos aguanta, y lo paciente que es con nosotros, cuánto nos soporta. Para ser como nuestro Padre celestial, nosotros también debemos soportarnos unos a otros.

Jewell Daniel, misionera a China en tiempos idos, escribió de las dificultades del servicio misionero, y dijo: “¡Es tan difícil amarnos unos a otros allí.” Alguien le preguntó a una misionera jubilada cuál fue el mayor problema que encontró en el campo misionero, y ella dijo: “¡En serio! ¡Mis colegas! El diablo saben que si puede sembrar discordia entre los misioneros, el campo es suyo.” Estoy seguro de que la misionera jubilada conocía la respuesta de corazón del problema más serio de todo misionero. El corazón de vivir juntos que es el que debemos cultivar juiciosamente aquí. “Una vez, cuando simplemente no podía entender a mi colega misionera, el Maestro me dijo (en la Biblia): ‘Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, . . . y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra. Tened paz entre vosotros.’ ¡Por causa de su obra!”

Es importante, “por causa de su obra” que los misioneros hagan todo lo posible por trabajar en unidad. Sólo las personas resueltas y determinadas tienen las agallas para hacer la obra misionera en una tierra donde no son queridos y donde se ven obligados a trabajar con personalidades que no han escogido. Por causa de la obra, tienen que cooperar y seguir la amonestación bíblica de “estimar

a los otros mejores que ellos mismos,” y a vivir en paz con los hermanos y hermanas (Britt Towery, *Carey Daniel’s China Jewell*, 101-102).

Es la obra lo que es lo más importante. No tiene que salirse siempre con la suya. La iglesia no está obligada a acariciar sus preferencias. Debemos estar dispuestos a dejar a un lado nuestros deseos, anhelos y preferencias, por causa de la obra. La obra es lo importante.

Jim Cymbala, de la Brooklyn Tabernacle Church, escribe de la importancia de la unidad de la iglesia, y dice: “Un domingo hace 20 años, en nuestros días en la YMCA, dije algo de improviso al recibir a los miembros en la iglesia y que se ha quedado con nosotros desde entonces. La gente estaba en fila frente a mí. Mientras hablaba, pareció que el Espíritu Santo me impulsaba para añadir: ‘Y ahora, como pastor de la iglesia, los comisiono para que si alguna vez oyen a otro miembro decir una palabra descortés de crítica o de calumnia contra alguien, sea quien sea, otro pastor, un ujier, miembro del coro o cualquier otra persona, tienen la autoridad para interrumpir a esa persona a media frase y decirle: «Un momento. ¿Quién lo ofendió? ¿Quién lo ignoró? ¿Quien lo miró mal? ¿Fue el pastor Cymbala? Vamos a su oficina en este mismo momento. Él se pondrá de rodillas, le pedirá perdón, y oraremos juntos para que Dios pueda restaurar la paz en este cuerpo. Pero no vamos a criticar a otros que no están presentes para defenderse. Por favor, entiendan que lo digo completamente en serio. Quiero ayudar a resolver esta clase de cosas de inmediato. Y, ya que estamos en esto, sepa que si alguna vez es usted el que está hablando con la lengua suelta, nosotros lo confrontaremos»” (Jim Cymbala, *Fresh Wind, Fresh Fire*, 160).

Dietrich Bonhoeffer dijo en una ocasión: “Nunca des por sentada la comunión. Algún día puedes hallarte sin ella.” El pastor luterano sabía de lo que estaba hablando, porque estaba en la cárcel por su fe. El Señor le convenció

de que debía unirse al movimiento clandestino y oponerse a Adolfo Hitler durante la Segunda Guerra Mundial. Lo arrestaron por participar en un complot para asesinar a Hitler, lo pusieron en la cárcel y lo ejecutaron a los 36 años.

Antes de que venga el Espíritu Santo no había comunión, sino sólo amistad. Usted puede tener amistad sin el Espíritu de Dios, pero no puede tener comunión. Juan escribe: "Lo que hemos visto y oído les proclamamos también a ustedes, para que también ustedes tengan comunión con nosotros. En verdad nuestra comunión es con el Padre y con Su Hijo Jesucristo" (1 Jn. 1:3).

Para tener comunión debemos primero venir a la fe y confiar en Dios. Debemos tener a Dios como nuestro Padre, Jesucristo como nuestro Salvador, y el Espíritu Santo para que nos una con otros creyentes en una comunión de amor, que comparte y que se soporta. Solía decirles a los miembros en Tyler ocasionalmente: "Puedo entender que algunos de ustedes no gusten de mí. A veces yo mismo no me gusto. Pero alguno de ustedes tampoco son tan atractivos que digamos." Lo decía de broma, pero la verdad es que la iglesia tiene que aguantar mucho del predicador, y el predicador tiene que aguantar mucho de la iglesia. Por lo que entiendo, de eso es de lo que se trata el soportarnos. Aceptarnos unos a otros, haciéndonos de la vista gorda a las faltas del otro, perdonándonos y siguiendo amándonos unos a otros.

4

Adoración:

Cómo Ganar Acceso a Dios

Hechos 2:41-47; 12:5

Un hombre visitó una iglesia de Texas bien conocida, con una gran banda, música estruendosa y un coro que se bamboleaba. Al salir le dijo a la persona que le había invitado: “Esta es una iglesia a lo Whoopie Goldberg.”

Se refería a la película, *Sister Act*, protagonizada por Whoopie Goldberg. Es la historia de una cantante llamada Delores, que se presentaba en un cabaret en Reno, Nevada. Ella presenció un homicidio de la mafia, y debía ser la testigo estelar del fiscal. La mafia quería matarla, así que la policía la puso en el programa de protección de testigos, y la llevó a un convento en San Francisco para ocultar su identidad hasta el juicio. Su nuevo nombre en el convento era Hermana María Clarence.

Por supuesto, ella no encajaba con la vida de convento, y continuamente estaba rompiendo las reglas. Finalmente la superiora perdió la paciencia y estaba a punto de echarla de convento. Ella le rogó que la perdonará, así que se le permitió quedarse solo si se unía al coro.

La iglesia junto al convento estaba muerta, y sólo asistía un puñado de personas en una capilla enorme e imponente. El sacerdote empezaba la misa todos los domingos con las palabras: “Bienvenidos los pocos y fieles.”

El coro era peor que malo. Era horrible. Cuando oyeron que la hermana María tenía educación musical, la nombraron directora. En dos semanas ella los tenía moviendo las

manos y balanceándose, saltando y brincando, y cantando, palmoteando, haciendo tronar los dedos, zapateando. La música se regó a las calles, y la gente lo oyó y empezó a asistir a la iglesia. Pronto la iglesia se llenó de personas de las calles y estaba viva y prosperando.

Hay muchas iglesias a lo “Whoopie Goldberg” hoy que más parecen un concierto de rock que un culto religioso. No es mi intención criticar a las iglesias a lo “Whoopie Goldberg” porque los cultos siempre están cambiando. A principios del siglo pasado los coros jamás cantaban números especiales, y el que alguien cante un solo se consideraba un pecado; era exhibicionismo, entretenimiento. Pero sí quiero decir que la oración siempre ha sido central en la adoración; y la oración requiere una razonable cantidad de quietud. Fue Jesús quien dijo: “La casa de mi Padre será llamada casa de oración.” Dijo eso en el contexto de tanto ruido en el templo que una persona no podía orar. Los comerciantes habían establecido sus quioscos dentro del templo para vender animales para los sacrificios, y otros habían armado mesas para que los que venían a adorar pudieran cambiar sus monedas extranjeras por monedas que pudieran usar para pagar el tributo en el templo. Así que había mucho regateo y peleas a voz en cuello, que una persona difícilmente podía pensar, mucho menos orar. Allí fue cuando Jesús volcó las mesas de los cambistas y expulsó a los que vendían animales, diciendo: “La casa de mi Padre será llamada casa de oración.”

Cuando el Espíritu Santo vino en Pentecostés y formó a la iglesia y la llenó, la oración llegó a ser central. Captamos un vislumbre de una iglesia llena del Espíritu en Hechos 2:41-47. Allí se indican cinco marcas de una iglesia llena del Espíritu: es una iglesia que cree, una iglesia que aprende, una iglesia que tiene comunión, una iglesia que adora, y una iglesia que testifica.

La primera marca de una iglesia llena del Espíritu, es que es una iglesia que cree. Crean en el Jesús de la profecía,

el Jesús de la historia y el Jesús de la experiencia. Ponen su reflector sobre él.

Segundo, es una iglesia que aprende. Se dedican a aprender y a poner en práctica las palabras de los apóstoles. Debemos volver a la Biblia. Debemos predicarla desde el púlpito, enseñarla en el salón de clase, crearla en la banca, y vivirla en las calles.

La tercera marca es la comunión. Debemos tener una comunión de amor, que comparte, y se soporta.

Cuarto, debemos tener una iglesia que adora. Debemos perseverar en el partimiento del pan y en las oraciones.

Esa fue una iglesia poderosa que cambió las vidas de los individuos e impactó en su mundo. Si queremos tener lo que ellos tenían, vamos a tener que hacer lo que ellos hacían. Vamos a tener que adorar. Su adoración incluía tres elementos: la enseñanza de los apóstoles, la recordación de la muerte del Señor mediante el partimiento del pan, y la oración. La oración, en particular, era un elemento central en el culto en la iglesia.

El entretenimiento puede atraer a las multitudes, pero como Jim Cymbala nos recuerda, Jesús no murió para llenar el auditorio de un templo. Murió para que las personas puedan conocerle personalmente y ser transformadas a su semejanza. Debemos cuidarnos de igualar grandes multitudes con las bendiciones de Dios. Jimmy Swaggart, Robert Tilton y Jim Bakker atraían grandes multitudes mientras vivían fuera de la voluntad de Dios. Atraían a las multitudes mediante el espectáculo y la promoción, no por el poder del Espíritu Santo.

En el corazón de una relación personal con Dios está la oración. No se puede tener una relación con quien no se habla. Nosotros, por consiguiente, debemos volver a descubrir la oración. Debemos aprender cómo orar. Los discípulos le pidieron a Jesús en una ocasión: "Señor, enséñanos a orar." Nunca le dijeron: "Señor, enséñanos a predicar." Nunca le dijeron: "Señor, enséñanos a sanar." Reconocieron que la

oración era el secreto de la gran vida de Cristo y querían orar como él oraba.

El Señor les enseñó cómo orar, y los discípulos llegaron a ser hombres de oración, y enseñaron a la iglesia a orar. Oraban por todo. Oraban por sabiduría, intrepidez, liberación, perdón y paz.

Oraban en todas partes. Oraban en el templo, en las casas, en los tejados, en la cárcel, junto al río y en barcos.

Oraban en toda postura. Oraban de pie, andando, de rodillas, acostados, y nadando en el océano.

Un ejemplo de la iglesia orando se halla en Hechos 12:5: “Así que Pedro estaba custodiado en la cárcel; pero la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él.”

La persecución contra iglesia se había intensificado. Herodes Agripa I había matado a Jacobo. Su padre, Herodes Antipas, había matado a Juan el Bautista. Su abuelo, Herodes el grande, había masacrado a los niños cuando Jesús nació. Ahora Herodes Agripa había seguido en sus caminos asesinos. Puso a Pedro en la cárcel. ¿Quién podía saber lo que haría después?

Así que la iglesia empezó a orar. Pedro estaba encadenado entre dos soldados, y un guardia estaba fuera de la puerta. A medianoche, un ángel del Señor despertó a Pedro, le dijo que se levantara y saliera de la cárcel. Las cadenas cayeron de sus manos, y él salió caminando de la cárcel, pasando por entre los guardias, y por la puerta de hierro, y sin embargo nadie lo vio.

Ya libre, se fue a la casa de María, la madre de Juan, en donde los discípulos estaban orando. Llamó a la puerta, y una joven llamada Rode oyó su voz. Ella se entusiasmó tanto que corrió al salón donde la gente estaba orando para decirles que Pedro estaba allí. Ellos se negaron a creerle, hasta que hicieron entrar a Pedro, y oyeron su sorprendente historia.

En este sencillo relato, y en ese sencillo versículo: “la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él,” tenemos un

ejemplo de la clase de oración que necesitamos elevar:

- Debemos orar corporativamente.
- Debemos orar fervientemente.
- Debemos orar específicamente.

Grandes Cosas Suceden cuando la Gente Ora

Primero, debemos orar corporativamente. La Biblia dice que “la iglesia” hacía oración sin cesar. En el libro de Hechos se usa 22 veces la palabra “iglesia.” La palabra griega que se traduce “iglesia” es *ekklesia*, que quiere decir “la asamblea.”

Los griegos tenían una forma democrática de gobierno. Las ciudades tenían regularmente asambleas populares. Cuando se iba a tener una reunión, se enviaba la noticia a los ciudadanos, y a los que habían oído la convocación y contestado se les llamaba “la asamblea.” Al principio tenía un significado solamente secular, pero gradualmente se la aplicó casi exclusivamente a una reunión cristiana; los que habían oído y respondido al llamado de Cristo.

Así que la asamblea, la congregación, se reunía para adorar. Hay varias cosas que necesitamos hacer juntos. Una de ellas es la adoración. La Biblia dice: “No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos *unos a otros*; y tanto más, al ver que el día se acerca” (Heb. 10:25. NBLH). Yo identifico esto con los gansos que vuelan en una formación de V. Los estudios de aerodinámica revelan que la bandada puede volar una distancia igual el 75% mayor que si cada pájaro vuela solo. El pagano puede vivir solo, pero no se puede ser cristiano y estar solo. El aislamiento es fatal.

También necesitamos orar juntos. Por supuesto, también debemos orar a solas. Jesús dijo: “Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.” Pero también dijo: “Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu

nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén." Nótese lo a menudo que usa el plural: "nuestro," "nosotros." Obviamente esperaba que oremos juntos. Grandes cosas suceden cuando el pueblo de Dios ora unido.

Todo el movimiento Bautista misionero, el más grande movimiento misionero de la historia, empezó de esa manera. En 1806 a Samuel J. Mills y a varios compañeros estudiantes del Williams College, de Williamstown, Massachsetts, los pescó una tempestad y se refugiaron en un pajar en donde celebraron una reunión de oración improvisada. De esa reunión de oración surgió un grupo dedicado de jóvenes que se llegó a conocer como "el grupo del pajar," que empezó a unirse regularmente para orar, meditar y planear para hacer misiones a los paganos. En ese grupo inicial estaba Lutero Rice. Más tarde Adoniran Judson se unió al grupo y de allí surgió la American Board of Commission for Foreign Missions, la primera sociedad estadounidense específicamente diseñada para misiones en el extranjero. Ocho del grupo viajaron a India; cuatro en un barco y otros cuatro pocos días más tarde en otro barco.

En uno de los barcos iban Ann y Adoniram Judson, que se casaron el 15 de febrero de 1812, y pasaron su luna de miel en alta mar.

Los Judson acabaron yendo a Birmania y soportaron mucha adversidad por Cristo. Un hijo se les murió por la enfermedad. A Adoniram Judson lo encarcelaron por 22 meses bajo sentencia de muerte cuando el gobierno birmano luchó contra los británicos. Ann lo mantuvo vivo por dos años vendiendo sus posesiones y metiéndole comida de contrabando. Se hubiera muerto por mala nutrición si ella no lo hubiera cuidado. Cuando fue puesto en libertad

los británicos lo obligaron a ayudarles con asuntos de traducción y de tratado. Nuevamente Ann se quedó sola por meses. Empezó una nueva iglesia y una escuela por iniciativa propia. Murió en 1826 a los 37 años.

Pero todo eso empezó porque algunos creyentes oraron juntos. Qué grandes cosas pudieran suceder si nuestras iglesias hoy volvieran a descubrir el poder de la oración cuando el pueblo de Dios se une para orar.

Ni Goldberg ni Témpano

En segundo lugar, oraban fervientemente. La Biblia dice: “La iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él.” La expresión “sin cesar” procede de una palabra griega que quiere decir “fervientemente,” o “intensamente.” La iglesia no simplemente oraba; oraba con pasión.

La pasión es, a mi juicio, el ingrediente que falta en la mayoría de nuestras iglesias actuales. Cuando perdemos la pasión perdemos un elemento esencial de vitalidad. El libro de Malaquías contiene una serie de acusaciones contra el pueblo de Dios por su adoración mediocre y vidas de pecado. Iban a la adoración y se decían: “Ah, que tedio es todo esto.” No estaban dispuestos a abandonar del todo la adoración, pero tampoco estaban dispuestos a darle a Dios lo mejor, así que se conformaban por un ritual tedioso y monótono.

William James nos recuerda que la religión es bien sea un hábito insípido o una fiebre aguda. Con el pueblo en tiempos de Malaquías se había vuelto un hábito insípido. Habían perdido su pasión.

Necesitamos pasión en todo lo que hacemos. Necesitamos predicar con pasión. Richard Baxter decía: “Predico como si nunca más fuera a predicar de nuevo. Un moribundo a moribundos.” Cuando pasamos al púlpito debemos recordar a los perdidos, que la eternidad está en juego, y que las personas necesitan ser salvadas. Es con esa clase de intensidad que debemos predicar.

Necesitamos cantar con pasión. Toscanini, el gran conductor, solía decirle a su orquesta: "Toquen con el corazón, no con los instrumentos." Y yo le digo al coro y a la congregación: "Canten con el corazón, no simplemente con los labios. Pongan corazón y alma en el canto. Canten con entusiasmo."

Hay veces cuando asisto a un culto en un iglesia que pienso que he ido a un funeral por error. No hay energía, ni pasión. Nadie se ríe, nadie sonríe. La atmósfera es lúgubre. Los himnos se tocan a paso de tortuga, como si fuera procesión funeral.

También necesitamos orar con pasión. Pasión es Rufus Burleson, dos veces presidente de la Universidad Baylor, cayendo de rodillas en las arenas de Galveston y orando: "Oh, Dios: dame Texas para Jesús o me muero." Es Jesús en el huerto del Getsemaní orando: "Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú" (Mt. 26:36-44). La Biblia lo describe de esta manera: "Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra" (Lc. 22:44). Eso es pasión.

No necesitamos tener una iglesia a lo "Whoppie Goldberg," pero tampoco queremos una iglesia témpano. Debemos poner fervor en todo lo que hacemos. Es más fácil domar a un fanático que revivificar a un muerto.

Él Sabe mi Nombre

Tercero, debemos orar específicamente. La iglesia oraba fervientemente por él, es decir, por Pedro. No oraba por todos los que estaban en la cárcel. Lo mencionaron por nombre.

Cuando usted ore por mí, mencione mi nombre también. Dios sabrá a quien se refiere usted. Él sabe mi nombre. Ya ha escrito mi nombre en el Libro de la Vida del Cordero. Y también sabe el suyo. A toda persona a quien Dios llamó en la Biblia, la llamó por su nombre. Cuando Dios llamó

a Moisés, no dijo: “Oye tú, que estás junto a la zarza. Ven acá.” Lo llamó por nombre. Le dijo: “Moisés, Moisés: quítate las sandalias porque estás en tierra santa.” Moisés se dio cuenta en ese momento de que Dios sabía su nombre.

Moisés no sabía el nombre de Dios. Cuando Dios le asignó a la tarea de ir a Egipto y decirle al faraón que dejara ir a su pueblo, Moisés dijo: “Si voy a los Israelitas, y les digo: ‘El Dios de sus padres me ha enviado a ustedes,’ tal vez me digan: ‘¿Cuál es Su nombre?’ ¿qué les responderé?” Y dijo Dios a Moisés: “YO SOY EL QUE SOY,” y añadió: “Así dirás a los Israelitas: ‘YO SOY me ha enviado a ustedes.’” (Éx. 3:13-14). Moisés no sabía el nombre de Dios, pero Dios sí sabía el suyo. Y Dios también sabe el suyo y el mío (Éx. 33:12, 17; Is. 45:4; Jn. 10:3).

Dios toma nota de la caída de todo gorrión. Tienen contados los pelos de su cabeza. El columnista Paul Donohue dijo que la persona promedio tiene unos cien mil pelos en su cabeza. El pelo siempre está en una de tres fases: la fase de crecimiento, que dura de dos a seis años, la fase de descanso, y después a la larga se cae. Todos los días perdemos de 50 a 100 pelos. ¡Dios tiene que mantenerse al tanto de mucho!

Dios también ha contado y sabe el nombre de las estrellas de los cielos (Sal. 147:4). ¿Sabe cuántas estrellas hay en los cielos? Hay unos doscientos trillones de estrellas (200,000,000,000,000,000,000). Eso es 200 seguido de dieciocho ceros. Si toda persona del mundo empezará a contar estrellas, cada una contaría 50 mil millones y nunca volvería a contar a la misma estrella (*World Book Encyclopedia*, Vol. 18, 660).

He oído propaganda por radio y televisión de que uno puede por un precio ordenar que le pongan a una estrella el nombre de uno o de un ser querido. Hay tantas estrellas en el espacio que no hay manera en que jamás lograremos ponerle nombre a cada una de ellas, pero Dios ya lo ha hecho. Si él sabe nombre de cada estrella del universo, si

ha contado los pelos de su cabeza, si toma nota de la caída de todo gorrión, con certeza sabe su nombre y el mío. Así que, cuando ore, ore específicamente. Ore por las personas mencionándolas por nombre.

Sobre todo, cuando ore, ore en el nombre de Jesús. Él es nuestro mediador porque por él podemos acercarnos a Dios (Jn. 14:3; 1 Tim. 2:5). El Rev. James Meeks, pastor de la Armitage Baptist Church de Chicago, derivó una analogía de los computadores personales que ilustra esto cuando dijo: “Uno no puede escribir cualquier nombre en la pantalla y conseguir acceso a Dios. Uno puede lograr acceso a Dios solamente en el nombre de Jesús” (*Christianity Today*, febrero 2004, 29). Ore de esa manera y sus oraciones llegarán al cielo.

5

Testimonio:

Tres Maneras de Testificar
Hechos 2:41-47

A principios de la década de los sesenta, A. C. Wimpee, uno de nuestros líderes Bautistas de Texas de ese tiempo, me contó que se embarcó en un avión dirigiéndose a la Alianza Bautista Mundial en América del Sur. En conversación con el hombre que estaba sentado a su lado, se enteró que era miembro de una iglesia de las Asambleas de Dios. Le preguntó a dónde iba, y él respondió: “Se va a sorprender. Yo también voy a la Alianza Bautista Mundial.” Luego el hombre añadió: “Ustedes los Bautistas tienen los métodos y las organización necesaria para hacer el trabajo, y queremos aprender todo lo que podamos sobre ustedes, de manera que si ustedes fracasan, estaremos listos para hacernos cargo.”

Esa conversación tuvo lugar hace cuarenta años. Hoy las Asambleas de Dios es la denominación evangélica de más rápido crecimiento en América, y nosotros como Bautistas apenas si podemos conservar lo que tenemos.

Si los Bautistas fracasan, no se deberá a falta de doctrina sólida, organización efectiva o métodos probados. Se deberá a falta de dedicación y obediencia. Se deberá a que hemos dejado de ser testigos de Cristo.

Alguna forma de la palabra “testimonio” o “testificar” se usa más de treinta veces en el libro de Hechos. La expresión significa literalmente eso: “testificar,” “dar testimonio,” “dar evidencia.” Procede de la raíz griega *mártir*, y sugiere

que uno está dispuesto a arriesgar su vida, o poner la vida en la línea, por lo que uno está diciendo.

El Señor dijo que cuando venga el Espíritu Santo: “Él dará testimonio de Mí, y ustedes también darán testimonio, porque han estado junto a Mí desde el principio” (Jn. 15:26.27). Esa promesa se cumplió en Pentecostés cuando el Espíritu Santo formó y llenó a la iglesia. Fue una iglesia llena del Espíritu. Tenemos un vislumbre de esa iglesia en Hechos 2:41-47. Hay cinco marcas de una iglesia llena del Espíritu: es una iglesia que cree, una iglesia que aprende, una iglesia que tiene comunión, una iglesia que adora, y una iglesia que testifica.

Esa iglesia del Nuevo Testamento fue poderosa, cambió las vidas de los individuos y ejerció un tremendo impacto en la sociedad. Si queremos tener lo que ellos tuvieron, debemos hacer lo que ellos hicieron. Debemos ser testigos de Cristo. Ese fue el primer mandamiento del Señor resucitado. Les dijo a los discípulos: “Pero recibirán poder cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes; y serán Mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra” (Hch. 1:8). Después dijo: “No se queden allí esperando, no se queden sentados preguntándose, no se queden observando a todos lados. Tienen sus órdenes: ¡vayan!”.

La salvación viene sólo por Cristo, pero debemos darlo a conocer. Su plan nos incluye a nosotros. Debemos ser testigos de Cristo.

Cuando los discípulos fueron llenos del Espíritu Santo tuvieron un deseo de hablar de Jesús a otros. Ese es el resultado natural de ser llenos del Espíritu Santo. Si no tenemos un deseo de hablarles de Cristo a otros, es evidente que no tenemos la plenitud del Espíritu Santo.

El testimonio lo dieron todos, a todos, y en toda oportunidad. Le testificaron a todos. Había en Jerusalén para Pascua gente de toda nación bajo el cielo. Se mencionan 16 naciones. Les testificaron a todos, al sanedrín, a altos

funcionarios del gobierno tales como el eunuco, a soldados romanos como Cornelio, a reyes como Agripa, a gobernadores como Félix, a filósofos como los atenienses, a los oficiales de la ley como el carcelero de Filipos, a la chusma como la de Jerusalén, a todo el que encontraron. Debemos hacer lo mismo. Debemos testificar a meseros y meseras, a empleados de almacenes, a mecánicos, a los vecinos, a los parientes, a los compañeros de trabajo.

Todos y cada uno testificaba. Cuando la persecución surgió y los creyentes tuvieron que huir, la Biblia dice: “Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio” (Hch. 8:4). Esta no es una referencia a los apóstoles, porque ellos se quedaron en Jerusalén; y testificaban por todas partes: en el templo, en las calles, en las cortes de justicia, en la sinagogas, en las cárceles.

John R. Stott nos recuerda varios hechos que necesitamos notar en cuanto a la evangelización. Primero, era el mismo Señor que añadía personas a la iglesia. Nadie puede hacer eso excepto Jesús. Él es la Cabeza de la iglesia; es el Señor de la iglesia. Él se reserva para sí mismo la prerrogativa de añadir personas a la iglesia.

Segundo, él añade a la iglesia los que él salva. Él no los salva sin añadirlos a la iglesia, ni los añade a la iglesia sin salvarlos. La salvación y la membresía en la iglesia van juntas. Así era en esos días, y todavía lo es hoy.

Tercero, Jesús hacía esto cada día. La evangelización de la iglesia de Jerusalén no fue un asunto ocasional o esporádico. Evangelizaban continuamente. El Señor aumentaba su número mediante la predicación de los apóstoles, mediante el testimonio de los creyentes, y mediante su vida en común (comunión).

¿Cómo testificaban en ese entonces? ¿Cómo testificamos hoy? Permítanme sugerir tres maneras:

- Siendo una iglesia gozosa y que ama.
- Viviendo una vida santa.
- Siendo testigos intrépidos.

Una Comunión de Amor y Gozosa

Primero, testificamos siendo la iglesia. La iglesia en sí misma es un testigo ante el mundo. No el edificio, aunque su campanario apuntando al cielo de cierta manera da testimonio de Jesús, porque los primeros cristianos no tuvieron edificio sino hasta como el año 250 d.C. Es mediante una comunión gozosa y de amor que la iglesia da testimonio de Cristo.

Por la manera en que actuamos, la manera en que nos tratamos unos a otros, y la clase de comunión que tenemos, damos un claro mensaje de Cristo. La Biblia dice de la iglesia inicial que tenían “favor con todo el pueblo.” La raíz de la palabra “favor” quiere decir “aplaudir, aprobar, elogiar.” Es la misma palabra que usó el ángel cuando le anunció a María que daría a luz al Mesías. Le dijo: “María: has hallado gracia ante Dios.” Es la misma palabra que se usa para describir los años formativos de la vida de Jesús cuando dice que: “Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres.”

De la misma manera en que María halló gracia con Dios, y de la misma manera que Jesús crecía en gracia ante Dios y a la humanidad, así la iglesia del Nuevo Testamento halló favor, o aprobación, con el pueblo. Era una iglesia atractiva. A la gente le gustaba. La aplaudían.

En la primavera de 1997 recibí una llamada telefónica inusual de Bob Cullen, que por veintinueve años sirvió como misionero Bautista de Sur en Tailandia. Estaba preparándose para volver a campo misionero y quería contarme una historia que sabía que me interesaría. Mi primer libro, publicado en 1977 se titulaba *How to Make Your Church Hum* (Cómo Hacer que su Iglesia Ronronee), y era un librito sobre el crecimiento de la iglesia.

Bob tradujo el libro al idioma Tai para ayudar a las iglesias allá. Le cambió el título a *Cómo Darle Vida a Su Iglesia* para que encajara mejor en esa cultura. Varios meses después de que el libro fue publicado, recibí una llamada

telefónica de un joven que quería saber cómo entregarse a Cristo. Le preguntó al joven por qué le había llamado. El joven había leído un libro acerca de una "iglesia viva" y quería ser parte de una organización como ésa. Así que, cuando la iglesia es lo que debería ser, viva, dinámica y gozosa, atrae a las personas a Cristo.

Hay dos cosas de una iglesia llena del Espíritu que impresionan al mundo: su armonía y su felicidad. La Biblia dice que "estaban juntos," "eran de un mismo sentir," y que "tenían un mismo corazón." Era una iglesia unida, armoniosa. Una señora le dijo a un colega mío: "Ustedes los Bautistas piensan que se remontan hasta el mismo Juan el Bautista." Mi amigo le respondió: "No, señora. Nos remontamos mucho más atrás que eso. Nos remontamos hasta el mismo Abraham. Recordará que Abraham le dijo a su sobrino Lot: 'Tú sigue tu camino, y yo seguiré el mío.'"

Tendremos desacuerdos. Los tuvo la iglesia del Nuevo Testamento. El primer desacuerdo surgió cuando un grupo de viudas sintió que la iglesia las estaba descuidando, y empezaron a murmurar y a quejarse. Eso sucede. El segundo desacuerdo surgió sobre la doctrina. Algunos pensaban que una persona debía primero circuncidarse antes de convertirse a Cristo. Querían hacer del cristianismo una secta del judaísmo. Otros decían que la fe sola en Cristo era suficiente. Así que se reunió un concilio en Jerusalén para tratar el asunto. Pedro contó como Dios había salvado a Cornelio, el centurión romano. Pablo y Bernabé contaron como Dios salvó a los gentiles en su primer viaje misionero, y Jacobo citó Amós 9:11-12 que profetiza la salvación los gentiles. La iglesia entera entonces dio su aprobación y bendiciones.

Uno de los desacuerdos más severos surgió entre Pablo y Bernabé. Pablo le debía mucho a Bernabé. Cuando Pablo volvió a Jerusalén después de su conversión y su predicación en Damasco, los discípulos le tenían miedo. Temían que pudiera haber fingido su conversión para infiltrarse en

el grupo. Fue Bernabé quien puso sus brazos sobre los hombros de Pablo, y lo avaló ante los demás. Cuando brotó el avivamiento en la iglesia de Antioquía y enviaron a Bernabé para que ministrara allí, Bernabé buscó a Pablo para que lo ayudara en la obra, y cuando la iglesia de Antioquía envió sus primeros misioneros, fueron Bernabé y Pablo. Inicialmente se menciona al equipo como Bernabé y Saulo, pero con el tiempo Pablo llegó a ser el líder y Bernabé de buen grado paso a un segundo plano al liderazgo de Pablo.

Cuando se preparaban para salir en su segundo viaje misionero, surgió el conflicto. Juan Marcos los había acompañado en su primer viaje misionero, pero cuando llegaron a Perge se regresó. No sabemos a ciencia cierta por qué, pero sea cual sea la razón, fue inaceptable para Pablo. Juan Marcos era sobrino de Bernabé, y quería que lo llevaran en su segundo viaje misionero, pero el apóstol Pablo se negó. La Biblia dice que el desacuerdo fue tan serio que “se separaron el uno del otro” (Hch. 15:39). La expresión “se separaron” literalmente significa “rasgar un vestido, dividir, romper.” La tensión fue tan aguda que no podían ya trabajar juntos, y así que hubo conflicto en la iglesia. Felizmente, enfrentaron el asunto de tal manera que la obra de Dios no sufrió tropiezo.

El problema con la división en la iglesia es que no dice la verdad en cuanto a Jesús. Jesús vino para reconciliar el mundo con Dios. Entonces nos dio a nosotros el ministerio de la reconciliación. Cuando no podemos llevarnos bien unos con otros, presentamos al mundo un falso mensaje en cuanto a Jesucristo.

En las disputas debemos tener suficiente valor para hablar y suficiente humildad para callarnos. Como alguien dijo en una ocasión: “Si haces el bien, hazlo sin alharaca.”

Nosotros podemos enviar gente a la luna, podemos enviar máquinas a Marte y recibir fotografías de allá; pero todavía tenemos serias dificultades para vivir juntos aquí

en la tierra, porque poner a un hombre en la luna es mucho más fácil que vivir en armonía.

Otra cosa que hizo que la iglesia tenga favor con el mundo fue su felicidad. "Comían juntos con alegría." La palabra "alegría" quiere decir "exultación." Esos primeros creyentes tenían un alto grado de alegría. ¿Y por qué no iban a tenerlo? Dios había venido a la tierra en carne humana. Cristo había dado su vida en la cruz para que nuestros pecados puedan ser perdonados. El Espíritu Santo había venido a vivir en ellos. Tenían toda razón para regocijarse.

El gozo es la característica dominante de la vida cristiana. Así que la iglesia debería ser un lugar alegre. Sin embargo los cultos de muchas iglesias que visito son tan tediosos y deprimentes que a menudo me siento como Vance Havner dijo: "De seguro que Jesús no murió por esto." Ya hay suficiente desdicha en el mundo sin que la iglesia la aumente. El gozo es uno de los frutos del Espíritu. Cuando el Espíritu viene a la iglesia, será un lugar alegre y la gente querrá estar allí. Hallará favor con el pueblo. Si quiere ser un buen testigo por Cristo, entonces debe promover una comunión armoniosa, y la iglesia debe ser un lugar feliz y gozoso en donde combinamos la reverencia y el regocijarnos juntos.

Casi Traicionado

Segundo, testificamos al vivir una vida santa. Nuestras vidas llegan a ser la plataforma desde donde podemos dar testimonio de Jesucristo. Oí de un jugador de baloncesto de una escuela católico romana que tenía una puntería terrible en los tiros libres. No encestababa ni de milagro. Antes que lanzar sus tiros libres, siempre se persignaba. Un día el entrenador le dijo: "Guillermo, el monseñor ha pedido que dejes de persignarte antes de lanzar tus tiros libres. Estás haciendo quedar muy mal a la iglesia."

Nunca debemos hacer algo que haga quedar mal a la iglesia, o a Jesucristo mismo.

Debemos vivir vidas de integridad. Un hombre le dijo a su jefe: "Necesito el día libre mañana, y pasado mañana, porque mi abuela se ha muerto." Por supuesto, el jefe le concedió los días libres. Cuando volvió a su trabajo, la secretaria le preguntó: "¿Crees que la gente vuelve de los muertos?" El hombre respondió: "No, ¿por qué me lo preguntas?" Ella le dijo: "Tu abuela pasó ayer para verte."

Un amigo me contó que hace varios años, cuando la Convención Bautista del Sur se reunió en la ciudad de Oklahoma, un predicador bien conocido predicó en una iglesia el domingo por la noche. A la mañana siguiente se subió a un bus para ir al centro de convenciones y pagó su pasaje con un billete. El conductor le dio el cambio, echó el pasaje en la caja registradora y el predicador se fue a sentar. Cuando contó el cambio, se dio cuenta de que el conductor le había dado demasiado. Primero pensó en olvidarse del asunto; eran sólo unos centavos. Pero pensándolo bien, volvió a donde el conductor y le dijo: "Señor, pienso que se equivocó. Me dio demasiado cambio."

El conductor le dijo: "Lo sé. Lo oí predicar en la iglesia anoche y quería saber si usted práctica lo que predica." El predicador volvió a su asiento, se sentó y pensó: "A menudo he criticado a Judas por traicionar a Jesús por treinta monedas de plata, pero yo casi lo traiciono por menos que eso."

Usando Palabras

Tercero, testificamos al dar nuestro testimonio. Dicen que Francisco de Asís dijo: "Predica el evangelio en todo momento; usa palabras si es necesario." Hay ocasiones cuando las palabras son necesarias. Debemos vivir la vida cristiana, pero no podemos simplemente viviendo una vida santa hablarles a otros de la muerte, sepultura y resurrección de Jesús.

Debemos poner en práctica nuestra fe, pero nosotros no somos el evangelio. Somos producto del evangelio. El evan-

gelio es que Cristo murió, fue sepultado y resucitó. Usted no puede vivir de manera tan pura como para no necesitar palabras para proclamar el evangelio. Es demasiado para usted y demasiado poco para evangelio.

Pedro escribió: “Sino santifiquen a Cristo como Señor en sus corazones, *estando* siempre preparados para presentar defensa ante todo el que les demande razón de la esperanza que hay en ustedes. Pero háganlo con mansedumbre y reverencia, teniendo buena conciencia, para que en aquello en que son calumniados, sean avergonzados los que hablan mal de la buena conducta de ustedes en Cristo” (1 P. 3:15-15, NBLH).

Debemos conocer bien las verdades de la fe y estar preparados para presentarlas en cualquier momento. La iglesia inicial lo estaba. Cuando los llevaron ante el sanedrín judío, estaban listos. Cuando el Señor envió a Felipe de Samaria para que se encontrara con el eunuco etíope, Felipe estaba listo. Cuando el Señor envió a Simón Pedro a la casa de Cornelio, Pedro estuvo listo. Cuando el apóstol Pablo fue encarcelado en Filipos, y el carcelero preguntó: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” Pablo estaba listo. Cuando Pablo les habló a los filósofos en el Areópago, estaba listo. Cuando el gobernador romano Félix lo interrogó, Pablo estaba listo. Cuando el rey Herodes Agripa le interrogó, Pablo estaba listo. Cuando la chusma judía lo atacó, él estaba listo.

¿Cómo se prepararon para estar listos? Conocían a Cristo, y conocían las Escrituras. Al leer el libro de Hechos me asombra ver cuántas veces se cita el Antiguo Testamento. Ellos habían aprendido las Escrituras, y cuando surgió la necesidad, el Espíritu Santo les trajo a la memoria esos pasajes bíblicos.

Lo que lo hace más impresionante es que en ese entonces no tenían Biblias como nosotros las tenemos. Las únicas Escrituras de esos días estaban escritas en rollos copiados a mano. Eran gigantescos en tamaño y terriblemente costosos. Libros encuadernados no aparecieron sino hasta el año 300

d.C. La Biblia no fue dividida en capítulos sino en el 1250 d.C. La imprenta que facilitó la multiplicación de libros no llegó a existir sino hasta como el 1450 d.C. La Biblia no fue dividida en versículos sino hasta 1551 d.C. Sin embargo esos creyentes conocían las Escrituras. ¿Como las llegaron a conocer? Las habían memorizado.

Además de tener conocimiento, debemos tener intrepidez. La Biblia dice: “Entonces viendo el desnudo de Pedro y de Juan, . . . les reconocían que habían estado con Jesús.” La palabra “desnudo” no significa rudeza, grosería o insensibilidad. Quiere decir literalmente: “libertad que no se avergüenza.” La timidez o cobardía nos va a matar. Debemos dejar de avergonzarnos de Jesús, y debemos estar dispuestos a proclamar las buenas nuevas a otros. Eso exige valor.

Nuestra fe no nos ha venido mediante timidez. En 1660 Juan Bunyan salió de su casa para celebrar un culto en la casa de un amigo. Previamente ese año, el rey Carlos II de Inglaterra había proscrito todos los cultos que no fueran anglicanos, lo que hizo que la predicación de Bunyan fuera un acto de traición. Al llegar a la casa rural, Bunyan se enteró de que había una boleta de captura en su contra. Sus amigos le suplicaron que huya. Él respondió: “No voy a atizar, ni tampoco a disolver la reunión. No nos dejemos intimidar. Predicar la palabra de Dios es tan buena obra que seremos recompensados si sufrimos por eso.” Por eso pasó doce años en la cárcel de Bedford.

Nuestros fundadores no solamente conocían las Escrituras, sino que fueron personas de valor dispuestos a sufrir si fuera necesario para que la verdad siguiera esparciéndose.

La palabra “testigo” procede de una raíz que quiere decir “mártir.” Sugiere que uno cree algo tan fuertemente que está dispuesto a dar su vida por eso. A Pablo y a Bernabé se los describió una vez como “los que han puesto su vida en peligro por el evangelio.” La expresión “poner en peligro”

es un término de los juegos de azar. Ellos arriesgaron su vida. Apostaron su vida a la verdad del evangelio. Así era el valor y convicción que tenían.

Si queremos ser una iglesia llena del Espíritu, debemos dedicarnos a testificar.

La iglesia del Nuevo Testamento no era ni estéril ni artrítica. Se veían como peregrinos avanzando por Dios. Se lanzaron, arriesgaron sus vidas, se extendieron a nuevas fronteras para llevar el evangelio hasta a último de la tierra.

Pero qué fácilmente los peregrinos se convierten en inquilinos, y que rápidamente los inquilinos aspiran a ser dueños. El “hagamos un alto aquí,” pronto se vuelve un “edifiquemos aquí,” hasta que finalmente llega a ser “muramos aquí.” De tiendas, a templos, a tumbas, el atractivo de detenerse y no hacer nada nunca desaparece.

Que el Señor nos dé visión, inquietud, e intrepidez para nunca dejar de testificar hasta que toda persona en todas partes conozca a Cristo.